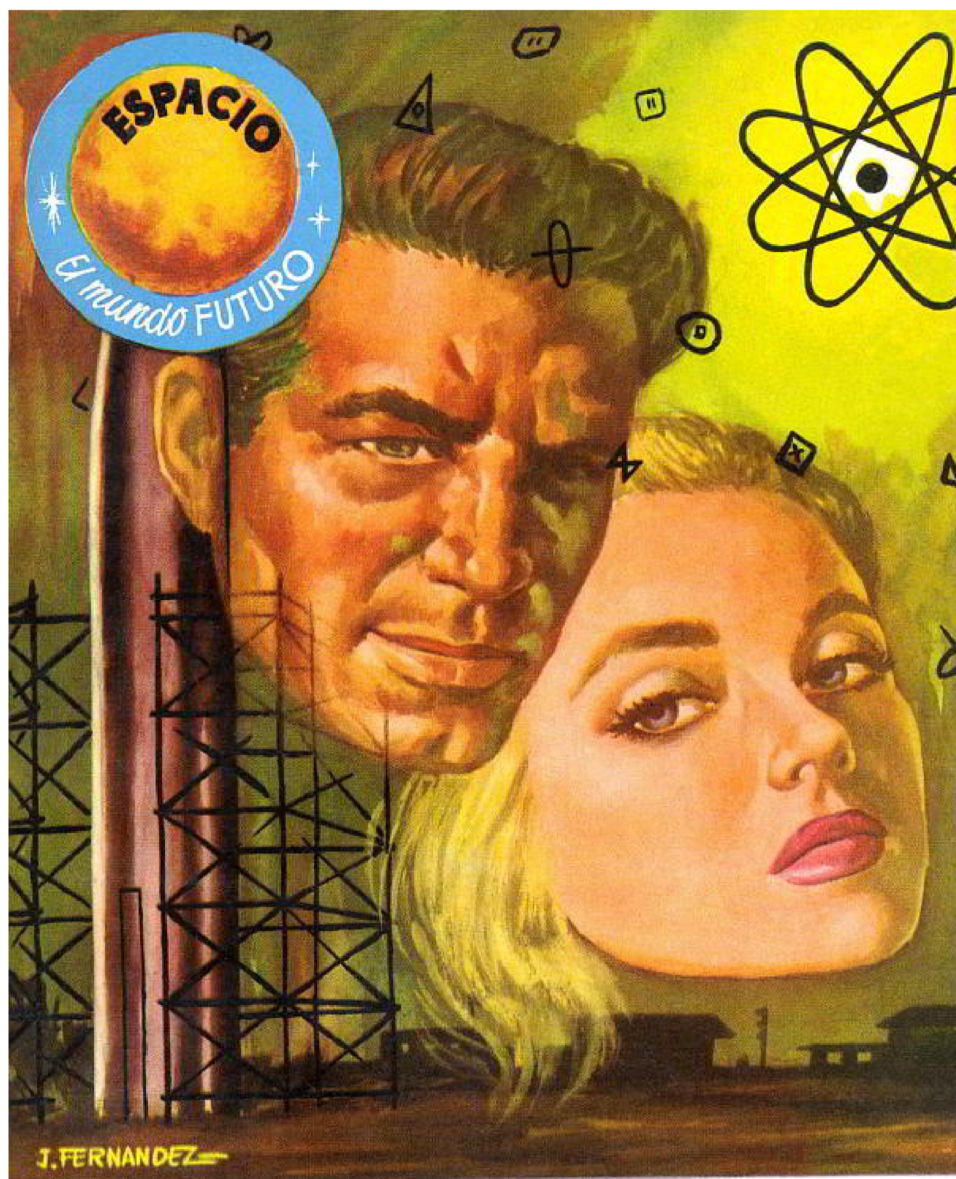


NUNCA VOLVERÉIS

JOHNNY GARLAND

Se apagó en las pantallas de todos los telereceptores tridimensionales la efigie popular, joven y atlética de Alan Korvin, después de su habitual sonrisa de despedida, y de sus palabras cordiales, simpáticas.

—Señoras y señores, muy buenas noches —había dicho el más famoso locutor de todo el mundo—. A mis espectadores de la Tierra, la Luna y las Estaciones del Espacio o Planetarias, mi despedida de cada día a esta misma hora: hasta mañana… y gracias.

Su voz cálida, vibrante, de hombre inteligente y desenvuelto, dejó de llegar a los hogares y centros públicos. La gente le admiraba sinceramente. Era la primera vez que un joven, elegido «Míster Cosmos» en el gran concurso de la
E. T. R.
, de dos años atrás, demostraba inteligencia y cualidades para triunfar ante todos los públicos. Muchos ni siquiera recordaban que Alan Korvin hubiese ganado un certamen por perfección física, fortaleza y belleza masculina. Sus restantes cualidades habían vencido en la batalla contra su físico rubio, atlético y poderoso, que hacía suspirar a las mujeres.



Johnny Garland

¡Nunca volveréis!

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 187

ePub r1.0
LDS 13.09.18

Título original: *¡Nunca volveréis!*
Johnny Garland, 1960
Cubierta: J. Fernández
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



¡NUNCA VOLVERÉIS!



PRÓLOGO

Es mi última noche en la celda del Pabellón 113.

A cualquiera se le puede decir eso, simplemente eso, y enseguida entenderá. Después de todo, ¿quién no sabe en el mundo lo que significa ser encerrado en el Pabellón 113 y esperar… esperar aquello que uno teme y rechaza con todo su horror, pero que sabe es inexorable?

El torreón agudo, modernísimo, estilizado, como una aguja de acero frío proyectada al cielo, es familiar a cualquier persona de medianos conocimientos. El temible Pabellón 113, y su atroz y espeluznante significado…

Sí, es el lugar destinado a los condenados a muerte. A los desahuciados por todo Tribunal terreno, a los que sólo esperan el final justiciero que los hombres destinan a todo convicto de un delito punible con la máxima pena.

No estoy solo. Veo aún a mi lado, nerviosos e irritables, a Otto Zanak, a Sek Madyr… y más tranquilo, mucho más tranquilo y sereno que cualquiera de nosotros, a ese hombre de hielo que dice llamarse Urko Abrad.

Somos cuatro. Cuatro hombres, jóvenes todos. El mayor es Urko, sin duda. Y yo el menor. Sin embargo, seguramente no me lleva más de cuatro o cinco años. Tal vez seis, pero ni uno más.

Es nuestra última noche. Eso ya lo he dicho, lo sé. Uno repite y reitera las cosas, sin darse apenas cuenta. Después de todo, es la primera vez que me encuentro en semejante trance. El consuelo que uno siente, es que también sabe que será la última.

En el Pabellón 113 no existe el indulto. Ya se ha dejado atrás esa posibilidad, esa gracia suprema del Tribunal Máximo, del Presidente de los Continentes Unidos.

De aquí, solamente hay un camino: el Túnel Negro, que conduce al Foso de los Muertos. Nunca se sabe cómo va uno a morir allí. Las Leyes no lo revelan, en gracia a los futuros condenados. Pero se garantiza la rapidez y total ausencia de sufrimientos en la ejecución de la sentencia. Ya es algo.

Uno ha tenido la suerte de nacer dentro de este adelantado y humanitario siglo XXIII de la Era Cristiana. Exactamente, mi último año de vida es el 2232. Estamos en diciembre. Pronto será Navidad.

Claro que ahora no es como en tiempos pasados, hace muchos siglos. Entonces, creo que las fechas navideñas tenían una tradición de nieve, frío y crudo invierno. Ahora no existen las estaciones. Siempre es cálido el tiempo, siempre hay luz solar, natural, almacenada en los grandes condensadores térmicos, o reflejada por los gigantescos espejos solares que circundan nuestra atmósfera. Han sido progresos del hombre, para mejorar la vida.

¿Pero qué puede importarme a mí la vida, el calor y la confortable y vieja Tierra, si todo eso voy a dejarlo dentro de unas cuantas horas? No me creo egoísta, pero uno, ante los umbrales de la muerte, se siente un poco escéptico e indiferente ante todo. Me alegra que los demás sigan viviendo, respirando en el mundo, disfrutando de los progresos del hombre, pero no hasta el punto de sentir satisfacción por no ser ya uno de ellos desde esta madrugada.

No quiero morir. No soy culpable, no hice lo que ellos creen, aquello por lo que he sido condenado, después de declararme culpable los magistrados primeros del Gran Tribunal. Dicen que el crimen, el asesinato cruel y repulsivo, se ha desterrado casi de la sociedad de este siglo. Es cierto. Pero sólo «casi».

Aquí mismo tengo ejemplos vivos, palpables, de que la maldad humana nunca podrá ser vencida en su totalidad, por mucho que se progrese social, científica y técnicamente.

¿Qué ha hecho Otto Zanak, ese gordinflón de ojos huidizos y cráneo redondo y pelado? Dicen que mató a dos soldados, después de intentar el robo de diez gramos de «auxirium», el mineral precioso, uno solo de cuyos gramos le hubiera hecho rico. Siempre la codicia, la ambición…

Sek Madyr, ese larguirucho rubio y enjuto, de barbita recortada en punta, y ligera cojera de su pierna artificial, que a pesar de ser de carne plastificada, casi exacta imitación de la natural, no logra

ser perfecta, por mucho que los científicos se esfuercen en ello… ¿qué ha hecho Sek Madyr? Su crimen fue peor que el de Zanak: tiene ideas políticas extrañas, revolucionarias. Destruyó un edificio con casi cien personas dentro. Su horrible crimen le deja indiferente. Dice que lamenta las muertes, pero tenía que demostrar su rebeldía al mundo. ¿Rebeldía por qué? No lo sé; posiblemente él tampoco lo sepa…

Urko Abrad es diferente a los dos. Más sereno, más altivo y sobrio. Cabello gris, facciones nobles, ojos claros y vivos. Una sonrisa amarga aparece siempre fija en sus labios delgados. Dice que no le importa morir, que incluso lo desea. Dicen que mató a su hermano, para destruir una droga, un invento de su hermano. La droga estaba destinada a hacer vivir al hombre eternamente joven. El mito de Fausto, hecho realidad. Destruyó la droga después de matar a su hermano, único poseedor del secreto.

Nadie le ha creído la historia. Dicen que mató a su hermano porque le odiaba y envidiaba. No me parece capaz de odiar o envidiar a nadie. Yo le creo. Él parece feliz de su obra. Dice que la vida eterna va contra lo humano y lo divino. Que no tenemos derecho los hombres a penetrar en tal terreno. Creo que tiene razón.

Éstos son mis compañeros. Los hombres del Pabellón 113.

Falto yo. No me he presentado. Me llamo Alan Korvin. He sido primer locutor de las Emisoras Telemundiales Reunidas. La E. T. R. transmite a todo el mundo, a las bases lunares y a las estaciones espaciales dispersas por el vacío hasta las cercanías del agonizante Marte y del pantanoso y poco habitado Venus. Mi imagen ha sido popular, famosa, ultradifundida por millones de pantallas televisoras y tridimensionales de todo el orbe dominado por el hombre. E incluso, tal vez, del que no dominamos… ¿Quién puede saber hasta dónde llega la potencia de esas ondas ultrapotentes?

He sido popular, admirado y respetado. Ya no soy nada. Un reo del Pabellón 113, un número para el Foso de los Muertos. Creo que llevo el 852 sobre mi blusa de materia metalizada, no me he fijado bien en él, ni me interesa.

Dicen que he cometido un crimen… Yo sé que no. Pero no puedo demostrar la verdad, «mi» verdad. Y, por mucho que avance el mundo, todavía las pruebas son algo. Los detectores de la mente,

los registros fotométricos del pensamiento y todo eso, no sirven de prueba ante los Tribunales. Dicen que un superdotado puede, mentalmente, fingir incluso en sus pensamientos, y engañar a los cerebros electrónicos que le registran a uno el interior del cráneo. Un robot, aun perfecto, es todavía un robot. Y el hombre es… eso, el Hombre. Superior siempre, gracias a Dios. Porque Dios es más sabio que los hombres, y anula así nuestra soberbia. Con simples obras.

¿Cómo pudo ocurrir todo, hasta traerme aquí, desde mi bonita casa de la colina, sobre la visión blanca y fulgurante de esa supermoderna, esplendorosa, capital del mundo que es hoy día el antiguo Nueva York, rebautizada con el pomposo nombre de Nueva Metrópoli, no sé por qué?

A ciencia cierta, casi no lo sé. Todo es confuso, extraño, desconcertante. Trato de registrar con riguroso orden las ideas, las sensaciones, los sucesos. Y aun así, el cuadro completo dista mucho de ser satisfactorio. Algo falla, algo anda mal… y eso me va a conducir a la muerte. Lamentable, pero tal vez yo mismo tenga la culpa.

No sé por qué escribo todo esto. Acaso para ordenar mis ideas y serenar mi pensamiento, en las trágicas vísperas de la negrura total. Acaso porque necesito contar a alguien mis impresiones y recuerdos.

Mañana, cuando ya no exista, este cilindro tele-escrito que voy grabando con simples pulsaciones de mis dedos en este cuadro de escasas teclas rojas, será escuchado por alguien, y posiblemente no creerán nada de ello.

Aun así, no me importa. Tampoco lo hago con ese fin. Me conformo con repetirme yo mismo cuanto ha sucedido. Acaso así logre ver más claro… Y si no, nada habré perdido. Habrá sido un modo de pasar estas horas finales, de soportar mejor la quietud horrible del Pabellón 113 y de su trágica celda, asomada a miles de pies sobre el resto del mundo, sobre edificios y personas, ajenas a nuestro espantoso drama final…

Ahora recuerdo el momento en que, tal vez, comenzó todo.

Fue entonces cuando la vi por primera vez. No lo olvidé nunca. No es fácil olvidar a una mujer así. ELLA no es de las que se olvidan fácilmente.

Sí, estoy seguro de que fue el principio…
El principio de este horrible fin de hoy.

PRIMERA PARTE

«ELLA»

CAPÍTULO PRIMERO


e apagó en las pantallas de todos los telereceptores tridimensionales la efigie popular, joven y atlética de Alan Korvin, después de su habitual sonrisa de despedida, y de sus palabras cordiales, simpáticas.

—Señoras y señores, muy buenas noches —había dicho el más famoso locutor de todo el mundo—. A mis espectadores de la Tierra, la Luna y las Estaciones del Espacio o Planetarias, mi despedida de cada día a esta misma hora: hasta mañana… y gracias.

Su voz cálida, vibrante, de hombre inteligente y desenvuelto, dejó de llegar a los hogares y centros públicos. La gente le admiraba sinceramente. Era la primera vez que un joven, elegido «Míster Cosmos» en el gran concurso de la
E. T. R.
, de dos años atrás, demostraba inteligencia y cualidades para triunfar ante todos los públicos. Muchos ni siquiera recordaban que Alan Korvin hubiese ganado un certamen por perfección física,

fortaleza y belleza masculina. Sus restantes cualidades habían vencido en la batalla contra su físico rubio, atlético y poderoso, que hacía suspirar a las mujeres.

—Bueno, Alan. Mañana será otro día —dijo el técnico de transmisión, Doc Barnyd—. Un programa más… El mundo progresa mucho, pero la vida sigue siendo aburrida.

—Aunque sigamos progresando, Doc, dentro de mil años seguirá la gente viviendo monótonamente, día tras día —sonrió a su vez Alan, enjugándose el sudor de la frente, y retirándose del campo de acción de las poderosas cámaras tridimensionales—. El mundo cambia en muchas cosas, menos en las fundamentales, amigo mío.

—¿Has oído esa locura nueva de los sabios? —se mofó Doc, cerrando las llaves de control de los programas televisados. Bostezó ruidosamente, levantándose de su rojo asiento de siempre en la cámara de controles—. Proyectan mandar ahora una nave experimental a las estrellas. Sin retorno, y sin esperanzas de llegar a ninguna parte. Quieren rebasar la velocidad de la luz y alcanzar las más lejanas Galaxias…

—Es ir demasiado lejos, pero igual se dijo siempre en el pasado. Seguramente lo lograrán.

—Yo no lo creo. Rebasar la velocidad de la luz es increíble.

—Todo es increíble mientras no se demuestra que se puede hacer. Entonces, pasa a ser vulgar… —consultó su microrreloj—. Bueno, ya es hora de ir a casa.

—Oh, sí, perdona. Siempre me olvido de que nuestro Apolo de las ondas es un caballero honorable, casado y con un respetable hogar. Anda, márchate. Tu mujer estará harta de verte, pero solamente en las pantallas. En persona, poco pararás en casa.

—A veces, poco es demasiado —dijo enigmáticamente Alan entre dientes.

Y, con un gesto sombrío, que desconcertó a Doc por completo, salió de los Estudios de la
E. T. R.

Los micromóviles circulaban a velocidad vertiginosa sobre las cintas metálicas que, a diversas alturas sobre las calles sin vehículos, formaban las rutas o carreteras de las ciudades del siglo XXIII. Bastaba pulsar el botón magnético que había en todo edificio, para que un micromóvil vacío se detuviese a recoger a su

viajero.

Alan tuvo suerte. El quinto micromóvil que pasó iba desocupado. Lo tomó, tras frenar el tiempo preciso, y dentro del cubículo confortable y reducido de su forma oval, aerodinámica y centelleante, de bruñido plástico metalizado, voló materialmente sobre la cinta de acero que descendía, en espiral, para luego tomar, a un impulso de sus manos sobre los sencillos mandos del vehículo personal, la cuesta ascendente, recta, que conducía a la colina cercana a la ciudad. A velocidad de relámpago, que le hacía a uno sentir un extraño vacío en el estómago, aun después de años enteros de viajar en tal medio de transporte, el coche automático llegó a la parada correspondiente.

El botón magnético interior, pulsado levemente, accionó los frenos. Alan bajó, y el micromóvil siguió su marcha, perdiéndose fulgurante, en la distancia.

A pie, recorrió la senda de asfalto que partía de la banda metálica o carretera. Flanqueaban el camino rosales cultivados artificialmente, bajo campanas de vidrio atemperadas también de forma artificial. El aroma brotaba por sus poros invisibles y múltiples, perfumando sutilmente el aire.

Alan respiró a pleno pulmón. Aquello era agradable, después de un día entero en el estudio de transmisión. Ser el primer locutor del mundo, tenía sus cosas adversas.

Su casa apareció al volver los rosales. Igual que siempre. Gris, cóncava, bruñida. Como todas las viviendas de entonces. Impersonal, fría y metálica. Pero confortable y suntuosa en su interior. Se paró unos segundos aún. Quería prolongar la sensación grata de aquel aroma a rosas, de aquel aire fresco y cordial. Le sobraba tiempo para respirar el perfume artificial de casa, su frescor de los «climatores», la comodidad de sus esponjosos asientos… y la presencia de Marga.

Frunció el ceño, con los ojos clavados en las rosas azules más próximas, casi envuelto en los efluvios mareantes, densos, pegajosos, de las flores aromáticas.

Marga… Pensar en ella, siempre le hacía fruncir el ceño. Y sentir aquella desazón extraña, aquel malestar, aquella horrible sensación de infelicidad…

Pero era su mujer. Tenía que entrar en casa, darle el beso de

siempre, fingir afabilidad, ternura, felicidad… todo lo que no sentía. Marga sabía fingir tan perfectamente, que hubiera sido una falta de inteligencia no ponerse a su altura.

Se animó. Alzó la cabeza, cuadró sus formidables hombros, respiró con fuerza, hinchando su tórax de titán, bajo la arrogante y ceñida prenda plástica de color blanco. El aire de la colina agitó sus rizos dorados sobre el rostro pétreo y duro. Los ojos grises se dirigieron a la fachada curva del edificio.

Entonces la vio.

A «ella», no a su mujer…

Era una mujer singular. Inquietante era la palabra justa que se le ocurrió a Alan cuando, después de parpadear, la miró con mayor interés.

Allí no era frecuente ver personas ajenas a su vivienda. La colina estaba poco habitada. Por eso le sorprendió más aún su presencia.

Parecía dedicarse a la misma tarea que él; a aspirar las flores y demorar lo más posible alguna cosa que no se sentía muy feliz de hacer.

No supo por qué le atrajo. No fue solamente por su presencia, extraordinaria en una zona residencial poco frecuentada a tales horas. Seguramente, su extraño físico fue el que movió su atención hacia ella.

Era joven, sin duda muy joven. Su figura espléndida, armoniosa y grácil, ceñida por el tejido negro y rojo de un traje de «metaplast» de falda corta, y bellísimas piernas enfundadas en unas mallas plásticas doradas, que remataban las botas ligeras, brillantes y oscuras.

Tenía el pelo extrañamente plateado, de un blanco brillante natural, sin tintes de artificio. El rostro, ovalado y terso, de piel ligeramente bronceada, en contraste con el color del cabello. Sus ojos resultaban inapreciables de color desde allí, pero tenían un destello singular, fascinador.

—Buenas noches —le saludó. Su voz era acariciadora, cálida, singularmente musical.

—Hola —respondió Alan Korvin, tras una leve vacilación.

Después, como si la dama se hubiera arrepentido de saludarle, esbozó una sonrisa, que mostró sus dientes blanquísimos, entre la prisión carnosa y húmeda de sus rojos labios. Luego se alejó

graciosamente, con paso menudo, rápido y elástico, que no rompía la armonía seductora de su figura. La faldita se agitaba, mientras las hermosas piernas femeninas iban flexionándose en pasos ligeros, alados casi.

Cuando Alan quiso detenerla, ya fue demasiado tarde. La dama del cabello de plata había desaparecido tras la suave ondulación de la loma. Casi experimentó el deseo de seguirla, de ver a dónde se dirigía.

Pero una voz le detuvo, posiblemente a punto de ceder a esa tentación. La voz de Marga, su esposa, desde la puerta deslizante de la vivienda cupular:

—Alan… Es muy tarde, ¿no crees? ¿Por qué te entretienes en olfatear el aire cuando sabes que hemos de ir esta noche al Coliseo, después de cenar?

—Es verdad. Lo había olvidado —suspiró Alan, encaminándose a la vivienda—. Además, he terminado tarde en la emisora, Marga.

—Siempre terminas tarde —refunfuñó ella, rozándole apenas en un beso que era un leve contacto de sus labios sobre los de Alan—. Anda, entra. Tenemos el tiempo justo, si queremos ver el espectáculo del Coliseo.

Alan suspiró. Detestaba el Coliseo y sus espectáculos. Pero a Marga le gustaban. Era la diferencia entre los dos. Los caprichos de Marga eran siempre ley. Los suyos, apenas contaban. Alan hubiera preferido ver las competiciones deportivas del Estadio Universal. Pero Marga hubiera puesto el grito en el cielo. Como siempre…

Entró en la casa y se encaminó a la mesa. Pronto, los servidores automáticos pusieron las viandas sobre ella. Cenaron en silencio. El silencio de todas las noches. Si él pretendía romperlo con algún comentario, los secos monosílabos de Marga quebraban el intento de charla.

Su mujer era hermosa. Hermosa y fría, como un paisaje ártico. Morena, alta, esbelta, ceñida por ropas negras o grises, sus colores predilectos. Sensual, exuberante de encantos físicos. Pero nada más. Sin alma ni corazón. Solamente con cerebro.

Hay bodas que son un error, Incluso en el siglo XXIII se podían cometer errores así. La humanidad no adelantaba tanto como se creía. O no sabía progresar en ciertos terrenos. Entre él y Marga siempre existió un muro de hielo, desde pocos meses después de la

boda. A ella debió atraerle el hombre, el físico prodigioso de Alan Korvin. A él, tal vez le pasó algo similar con Marga. Y el resultado fue un fracaso sentimental terrible. Por desgracia, los Gobiernos Unidos de la Tierra habían anulado separaciones legales, divorcios y todo eso. Su error no tenía arreglo. Sólo la muerte de uno de ellos podía concluir con aquello. Y eso no era una solución, sino un final.

Terminada la cena, Marga se levantó, comenzando a retocar su atavío ante el espejo. Alan suspiró cuando ella se incorporó, hermosa y subyugante, y sin apenas mirarle, declaró:

—Vamos. Se está haciendo tarde, querido…

Salieron de la casa. Un micromóvil de dos plazas les recogió, conduciéndoles vertiginosamente hacia el Coliseo de los espectáculos nocturnos.

* * *

—Alan, querido, te noto huraño hoy… ¿Puedes decirme por qué?

Korvin enarcó sus doradas cejas con gesto de ira. Apartó con violencia el plato de alimentos de su desayuno, y miró fríamente a su mujer.

—¿Aún me lo preguntas? Anoche bailaste con Harold, con Necz y con Widor. ¿Por qué?

—Porque tú eres muy soso, querido —rió ella—. No te gusta bailar…

—Ni me gusta que bailes con otros. Sabes que aunque no me guste, si me pides bailar, bailo contigo, Marga. Sin necesidad de hacer frivolidades estúpidas.

—Todo lo mío te parece estúpido y frívolo. Sabes que soy así, no trates de cambiarme…

—Eres muchas cosas más, Marga —se irritó Alan—. Egoísta, ambiciosa, torpe y necia.

—¡Alan! —Ella se incorporó de un brinco, centelleantes sus ojos —. ¡No te permito esos insultos! ¡Si deseo que ganes más dinero, es justo! ¡Si quiero ser, elegante y vivir como una reina, tengo derecho a ello porque soy joven y hermosa! ¡Y si tú, en vez de un guapo locutor de la Televisión, fueses un hombre de ciencia o un genio, podríamos vivir como otros amigos nuestros! ¡Ellos nadan en la

abundancia, ya viste las joyas y trajes, anoche en el Coliseo! Era para morir de envidia, Alan…

Él la interrumpió:

—La envidia es solamente tuya, Marga. Yo no envidio a nadie. No me gustan las joyas, prefiero los trajes sencillos, y no aspiro a ser millonario, porque sé que no puedo serlo. ¿Te basta eso?

Su mujer estalló:

—¡No! ¡Cometí un error casándome contigo!

¡Como todos los hombres hermosos, eres un inútil, un bonito maniquí… y nada más! ¡Un fracasado, que te conformas con que las gentes vean tu imagen en las pantallas, sin importarte ganar una miseria!

Alan objetó:

—Mil «dorians» al mes no es ninguna miseria. Es uno de los mejores sueldos de hoy. Pero hay que adaptarse a ellos, no aspirar a cien mil, como un gobernante, un magistrado o un sabio. Toda la culpa de esto es tuya, Marga. Debiste elegir a otro hombre.

Ella dijo, secamente:

—Es tarde para rectificar eso ya, Alan.

—Aún podemos vivir lejos el uno del otro. Separarnos sin aparentarlo.

Marga dijo, con desprecio:

—¿Y correr el riesgo de que la Comisión Moral lo descubra y nos encierre a los dos en las Prisiones de Reforma Mental, del Polo Norte? ¡No, gracias! Ve tú solo, si lo deseas, por abandono de tu esposa. ¡Pero yo soportaré, hasta obligarte a ti a hacerlo, hasta forzarte a huir de mí… y así tal vez te hundas en la cárcel!

—¡Víbora! —rugió Alan, abofeteando el hermoso rostro de Marga.

Sacudida la cabeza a bofetones, se agitó su melena negro-azulada. Miró con ojos de intenso odio al joven y le espetó a flor de labios:

—Anda… sigue pegándome, maltratándome, estúpido… ¡Pero no te dejaré! ¡Serás tú el que faltes a tus deberes legales y caigas en poder de la Comisión Moral! ¡O tendrás que matarme… y eso no lo harás, no lo harás nunca, porque serías ejecutado sin remedio, imbécil!

Comprendió que ella tenía razón:

Alan Korvin contuvo su furia. Sí, era capaz en esos momentos, espoleado por la maldad de ella, de cometer una atrocidad, de apretar entre sus fuertes y nervudas manos, el cuello frágil, nacarado, de la hermosa harpía. Pero eso significaba morir también inexorablemente. Ningún crimen, de los pocos que se cometían ya en el mundo del año 2232, quedaba impune. La Justicia era inexorable, mecánica, aplastante…

Él no quería perderse.

Con una crispación colérica de sus mandíbulas, abrió la puerta deslizante de metal, y gritó por encima del hombro, al salir al exterior:

—¡Algún día acabarás con mi serenidad y te estrangularé, Marga! ¡Te mataré sin sentir la menor compasión…!

Le acompañaron las carcajadas desafiantes y burlonas de la bella Marga. Cerró de un golpe. Una pareja de jóvenes que descendían de un micromóvil, le miraron con estupor, y él, sin hacerles caso, subió de un salto al vehículo que dejaban libre, pulsando los mandos y lanzándose hacia el centro de la colosal metrópolis.

CAPÍTULO II


e nuevo vio a la dama del pelo de plata al entrar en el enorme edificio cilíndrico, de cúpula en vértice agudo, que apuntaba al cielo. Las Emisoras Telemundiales Reunidas ocupaban todo el gigantesco cilindro de centelleante color blanco desde los sótanos hasta su cumbre afilada.

La mujer de la falda corta y las mallas doradas apareció por una de las amplias aceras, caminando entre otros transeúntes. Llevaba la cabeza inclinada hacia el suelo, y ni siquiera le miró al pasar. Sin embargo, era inconfundible por el color de su pelo, auténticos hilos de plata a la luz solar. Algunos se volvían curiosamente a contemplarla a su paso. Pero la curiosidad había desaparecido bastante en el planeta Tierra. El hombre estaba demasiado habituado a las cosas más fantásticas para sentirse atraído por algo.

Pero él sí sentía curiosidad.

Alan se sorprendió del nuevo encuentro. Aunque ella no le miró ni siquiera pareció advertir que él estaba allí, no dejaba de ser

chocante, en una urbe de veinte millones de habitantes, encontrarse de nuevo en el margen de pocas horas.

Encogiéndose de hombros, se dijo que podían ocurrir coincidencias así. Entró en la emisora. Pronto, las pantallas televisoras de todo el orbe habitado por seres humanos, volvió a ver la efigie de Alan Korvin, difundiendo noticias y boletines. Luego, los programas musicales, los reportajes y crónicas de todos los puntos del mundo habitado.

* * *

El tercer encuentro tuvo lugar aquella misma noche, al regresar a su casa.

La mujer de la melena plateada se cruzó con él en la vía metálica por donde circulaba su vehículo. El micromóvil de ella pasó, raudo, junto al suyo, en dirección opuesta.

Se quedó perplejo. ¿Era posible una segunda coincidencia en el breve espacio de veinticuatro horas? ¿Por qué se encontraba tan a menudo con aquella mujer?

Marga no estaba en casa. Había dejado un mensaje grabado en el fonograma:

> «Cena solo, querido. Yo tengo varios compromisos que debo cumplir. Si a la hora de dormir no he regresado, te acuestas, sin preocuparte por mí. Ya llegaré».

Casi estrujó el cilindro grabado con la voz de Marga. Irritado, se sentó a la mesa. El servidor automático le presentó los platos de comida. Pero los dejó intactos.

Se encaminó a la puerta, y abandonó la residencia ultramoderna, confortable… pero desierta y desolada.

Marga hacía aquello a propósito. No tenía compromiso alguno. Todo era un premeditado plan para irritarle, para enfurecerle basta el punto de que cometiese la locura de abandonarla. Entonces, ella daría cuenta inmediatamente a la Comisión Moral, y Alan sería encerrado por abandono de sus deberes matrimoniales, de acuerdo

con las Leyes en vigor desde hacía más de un siglo.

Alan Korvin, furioso, tomó un micromóvil y se alejó hacia el centro de la ciudad. Iba a mantener su serenidad todo el tiempo posible. No cedería, para caer en la astuta trampa tendida por la calculadora Marga.

Ahora veía claro su proyecto. Mientras dejaba circular con centelleante rapidez al vehículo, a través de la intrincada red de carreteras aéreas de la gran ciudad, sin rumbo fijo, observando el paso vertiginoso de los edificios a ambos lados de la cabina de materia plástica transparente, examinaba la situación.

Marga deseaba deshacerse de él. Malévolamente, en forma retorcida. Por alguna razón quería la libertad. Pero los códigos legales no permitían separación alguna entre marido y mujer, y ese camino sabía que le estaba vedado. Por ello buscaba que Alan se enfureciese y la abandonara. Entonces, él sería encerrado por el delito, considerado como muy grave. Y ella, declarada entonces libre, con derecho a una fuerte compensación económica y a una elevada pensión del Estado por abandono conyugal.

Alan detuvo el micromóvil en la Gran Plaza del Globo, con sus cientos de edificios en círculo, sus enormes plataformas y aceras, y sus calles en diez niveles diferentes.

Bajó del coche, echando a andar por las rutas destinadas a los peatones. Iba sumido en sus reflexiones, bañado por la cruda luz blanca de la hermosa plaza, centro colosal de la gran urbe.

De los centros de diversión salía rumor de músicas y de risas. El mundo no cambiaba mucho a lo largo de los siglos, en ciertas cosas.

Sintió tentaciones de beber. No le gustaban las bebidas alcohólicas, por fortuna muy escasas en la nueva Era de la Tierra. A veces, sin embargo, era necesario emborracharse.

Entró en un local. Era reducido, de forma oval. Sobre el mostrador y las mesas, brazos-robot de los servidores automáticos entregaban lo pedido antes las células sensibles al sonido. Alan pidió un «gior», la bebida más fuerte en existencia. El automático le puso un cubículo de metal con lo pedido. Lo abrió, apurándolo de un trago.

Entonces giró la vista en torno, y sufrió un sobresalto.

«Estaba allí».

En una mesa distante, cerca de la puerta. Bebía algo rosado, un

refresco sin duda. Le caía la luz tamizada de un proyector indirecto. El resplandor de su cabello parecía azulado, con hebras de centelleante plata. «Y tenía los ojos color de oro.»

Asombrado, se frotó los ojos. Volvió a mirarla. Sí, era ella. Le estaba escrutando con las pupilas clavadas en él. «Pupilas doradas». Se estremeció. Jamás había visto a una mujer con pupilas doradas. Eran hermosas, pero extrañas, anómalas.

Como era totalmente anómalo el nuevo encuentro. Imposible pensar en una casualidad. Ella le seguía. Quienquiera que fuese, le seguía desde la noche antes.

Al tomar el segundo «gior», se levantó de un salto. Avanzó hacia la mesa de la dama del pelo plateado. Quedóse erguido frente a ella, que no movió el rostro bronceado, ni parpadeó una sola vez.

—¿Qué hace usted? —le espetó duramente—. ¿Quién es? ¿Por qué me persigue, señorita?

—No le comprendo —dijo lentamente ella—. No le conozco, señor…

Tenía la voz cálida, musical, arrastrando melosamente las palabras, como si fuera extranjera. No se inmutó, ni reflejó sorpresa o desconcierto alguno. Parecía sincera.

—¡Miente! —aulló Alan—. ¡Me viene siguiendo desde anoche! ¡La encuentro en todas partes! ¿Por qué? ¿Por qué?

—Por favor, señor. Me está importunando… —sonrió dulcemente la mujer desconocida.

Fue suficiente. En todos los locales públicos había sensibles placas magnéticas que recogían la queja de una mujer importunada o de una pelea cualquiera, transmitiendo la noticia a la Central de la Policía. En segundos, los bólidos azules de las fuerzas del orden acudían al sitio más lejano.

La puerta deslizante del local se abrió y apareció un grupo de seis disciplinados agentes uniformados de brillante color azul, con correaje y armas blancas. Su casco era igualmente blanco y bruñido.

Rodearon a Alan Korvin. Uno, cuadrándose militarmente ante la rubia, que había bajado ruborosamente sus ojos, interrogó con acritud:

—Perdón, señorita. Agentes de Policía Urbana. ¿Le ha importunado este hombre?

—Pues… no, no lo creo —sonrió ella, sin alzar los ojos—. Debe

ocurrirle algo íntimo que le ha excitado. Pero no me quiso ofender, estoy segura.

—¿No va a denunciarle? —se sorprendió el agente.

—No, claro que no. Gracias, agente. Este caballero se marchaba ya, estoy segura…

—Ha tenido suerte, amigo —gruñó el policía, dirigiéndose a Alan—. Esta joven no quiere meterle en un buen aprieto. ¿Juraría, que le conozco? ¿Cómo se llama?

—Es Alan Korvin, el locutor de las Emisoras Mundiales —dijo otro policía—. ¿No le reconoces?

—Oh, Korvin… —El policía hizo un gesto ceñudo—. Sí, ahora recuerdo. Bueno, siga mi consejo, locutor: váyase y no tome más «gior». Es una bebida fuerte. Creo que en su casa se calmará, y no se pondrá a gritar cosas desagradables a las damas desconocidas. En marcha, amigo.

Alan asintió lentamente. Miró de nuevo a la dama del pelo plateado.

—Supongo que debo darle las gracias —dijo con sequedad—. Buenas noches, señorita. Y… perdone. ¿No es eso lo que debo decirle también?

—Oh, no hace falta —sonrió ella, enigmática—. Buenas noches, señor…

Alan tensó sus músculos, irritado. No podía demostrar nada contra aquella muchacha. Incluso parecería absurdo que protestara, alegando que le seguía. Ello sonaría a irreal, y además provocaría comentarios irónicos y nada amables de los agentes.

Salió, pues, del establecimiento, escoltado por los agentes. Éstos le depositaron en un micromóvil, y le vieron partir de nuevo hacia su residencia.

Cuando llegó a la colina de los rosales artificialmente cultivados en las campanas de cristal, miró alrededor. ¿De dónde había salido la noche antes la misteriosa dama del cabello blanco de plata?

Había una vivienda cubicular, cercana a la suya, tras una avenida de altos y puntiagudos árboles y ancha faja de asfalto blanco, iluminada por condensadores de luz solar. Pero Alan sabía que estaba deshabitada desde hacía tiempo. No creía que procediese de allí.

Todas esas cosas extrañas se le fueron de la mente cuando se

acostó en su litera de espuma flexible, flotando en el vacío sobre soportes invisibles magnéticos. Tuvo que recurrir a dar entrada al aire perfumado para sumirse en un sopor profundo.

A pesar de ello, le despertó el ruido deslizante, suavísimo, de la puerta de la casa al abrirse. Saltó al suelo, desde el lecho suspendido en el aire. Avanzó por el corto corredor de paredes luminescentes, hasta el gabinete.

Se quedó parado, frente a Marga.

Su mujer estaba reclinada sobre uno de los rojos asientos de espuma. Muy pálida, con los ojos desorbitados… y sangrando abundantemente por un corte profundo en la mejilla.

—¡Marga! —La voz ronca de Alan la hizo levantar la cabeza, con un respingo—. ¿Qué es eso? ¿Qué te ha ocurrido?

Ella, con mano temblorosa, restañó la sangre de su mejilla. Tiró el pañuelo manchado, y requirió otro, apoyándolo en su cara herida.

—Por favor… no me mires así —pidió, sollozando—. Ha sido… un accidente…

—¿Un accidente? —Miró el indicador eléctrico del muro. En su recuadro marcaba una hora: las tres y veinte de la madrugada—. ¿A estas horas? ¿Qué clase de accidente?

—No… no lo sé… —jadeó—. Es algo… inexplicable…

—¿Inexplicable? ¿Crees que voy a tragarme eso? ¡Vamos, inventa algo mejor! ¿Quién te ha hecho eso? ¿El hombre que te ha acompañado en tu diversión nocturna?

—¡Alan, no tienes derecho a decir eso! —Se enfureció ella. Tenía secos los ojos, a pesar de fingir bien su llanto—. ¡He estado con los Ayrack!

—Mientes otra vez. Los Ayrack no están en la metrópoli. Salieron ayer para Nueva Eurasia. Eres muy descuidada al hilvanar tus embustes, querida…

—¡Bien, sí! ¡Ya que lo quieres, te diré la verdad! —ella estalló, virulenta, con los ojos dilatados, y sin importarle la sangre que fluía de su corte—. ¡Me ha acompañado Herko! ¡Herko es sólo un buen amigo al que aprecio!

—Y un hombre rico, obsequioso y nauseabundo —rió Alan entre dientes—. ¿Es la clase de hombre que te haría feliz, mi encantadora Marga?

—¡Tal vez sí, cien veces más que tú! ¡Herko se conduce rectamente, como un camarada!

—No lo dudó. Hasta que te tenga en sus redes, estúpida. ¿Y luego?

—¡Luego, me casaré con él… si tú cometes el error de abandonarme!

—¿Y si no lo cometo?

—¡Lo harás, Alan! ¡Si soportas a mi lado, te haré la vida imposible!

Korvin contuvo sus nervios, tirantes como cables de acero. Hubiera sido capaz de golpearla, de manifestarle violentamente su desprecio y su horror. No se podía imaginar más sutil perversidad e insidia en una mujer de espíritu maligno, ambicioso, cruel…

Pero su sangre fría, su tremendo dominio de sí mismo, superó toda idea de violencia. Era una mujer, su mujer además… A Dios y a los hombres había prometido amarla y respetarla. Si ella no creía en tal promesa, él sí. Amarla, empezaba a ser imposible. Respetarla… aún era algo humanamente factible, estaba en su mano. Y lo haría.

—Está bien —dijo sordamente, ante la sorpresa de ella—. Aún no me has dicho cómo te causaste esa herida…

—Te felicito, Alan. Eres muy sereno… —Ella sonrió torcidamente—. Siempre lo has sido, y ahora parece que más que nunca. Te diré lo que ha sido esto. No tiene nada que ver con Herko, como tú crees. Él me dejó en el micromóvil hacia casa, después de la fiesta del Palacio de Cristal. Fue al bajar del vehículo, ante las rosaledas. Me pareció ver algo que se movía, tras las cúpulas de vidrio que cubren las rosas. Y brillaba, al moverse.

Alan la escuchaba con gesto escéptico, burlón y duro. Ella prosiguió, nerviosa:

—¡No me importa que no lo creas! Es la verdad, Alan. Tenía la forma de algo circular, transparente, acaso algo mayor que una de esas campanas de jardinería. Brilló al recibir la luz de la alameda. Y de pronto pareció borrarse, fundirse en el aire. Me acerqué, lo escruté todo… No había nada. Pero una de las campanas estaba rota, astillada. No lo advertí, hasta que tropecé en los fragmentos, caí de rodillas, y me corté. No sólo en el rostro. Mira, Alan…

Mostró sus rodillas. Una ofrecía rasguños y la otra un corte leve.

También en el arranque del muslo había otra larga estría rojiza. Parecía cierta, la historia. Pero sonaba a demasiado fantástica. Korvin se encogió de hombros, dubitativo.

—No sé si mientes no, Marga —dijo con aspereza—. Lo único que puedo decirte es que a partir de hoy, todo ha terminado entre nosotros. Seguiremos viviendo juntos ante la Ley. Pero nada más. No te desharás de mí, ni me harás perder el control de mí mismo. Buenos días, querida…

Se retiró. Ella se quedó sola, mirando con ira hacia la puerta que se cerraba tras de su marido. Recordó que Herko la había advertido de posibles violencias por parte de Alan, al regresar tan tarde. Ella se había burlado, aunque en el fondo temía esa violencia. Ahora, casi temía más la frialdad de su marido que una reacción áspera.

¡Y entonces la ventana situada tras de ella comenzó a abrirse!

De pronto, Marga Korvin experimentó la inquietante sensación de que unos ojos la vigilaban, de que «alguien» la estaba mirando a su espalda…

Aterrorizada, se volvió. En su garganta se ahogó un grito. Abrió enormemente los ojos al ver el rostro asomado al círculo de la ventana abierta.

—¿Eh? —exclamó con voz ronca—. ¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? ¿Cómo ha abierto esa ventana?

Al tiempo de hablar, se incorporó, realmente asustada. El rostro de la ventana no cambió de gesto. Era como una máscara inmóvil, sin vida…

En la estancia comenzó a percibirse un murmullo extraño, musical, una melodía que surgía del vacío, de la nada, y parecía envolver como algo sólido y pegajoso a Marga Korvin.

De pronto, su terror fue tal que quiso gritar, llamar a Alan con voces de auxilio. No salió un solo sonido de su boca. Sus palabras, sus gritos, parecían ahogados, fundidos con aquella musiquilla alucinante, que brotaba de todas partes, y de ninguna en concreto…

Retrocedió llena de espanto hacia el desconocido peligro que preveía… El rostro de la ventana siguió inamovible. Como una pétrea amenaza mortal para ella…

CAPÍTULO III



abía que había mentido.
Le comprobó aquella misma mañana, al salir de casa. Las campanas de rosas estaban todas intactas. Ni rastro de roturas ni de astillas vidriosas. Pero ni siquiera se molestó en volver, para reprocharle su mentira. Ya, todo lo de Marga le era indiferente, le tenía sin cuidado. No la había visto al levantarse, ni trató de ir a su cuarto a despertarla, como otros días. Cuanto menos se vieran, mucho mejor.

Durante todo el día, su humor no fue muy bueno en los estudios. Doc Barnyd, el técnico de sonido llegó a observar, después de un comentario agrio de Alan:

—Korvin, tienes mal día hoy. ¿Te has peleado con tu mujer? —Y rió, al observar su gesto de sorpresa, añadiendo—: Bueno, chico, eso les ocurre a muchos, ¿no crees? Por ello prefiero seguir libre, sin atarme a ninguna chica, por bonita que sea.

Fue un comentario trivial. Alan lo recordó después, porque las circunstancias hicieron que muchas otras cosas aparentemente

triviales cobrasen enorme importancia horas más tarde.

Y esa importancia inesperada, terrible, comenzó cuando regresó a su casa, llegada la noche…

—Buenas noches, señor Korvin —le saludó alguien, desde la puerta de su vivienda. Alguien que no era Marga, sino un hombre desconocido—. Estábamos esperándole…

No le conocía, pero sí conoció las insignias grises de su casco. Era un agente de la Policía, Sección de Delitos Criminales. Vio a otros tres o cuatro como él, dentro de la iluminada vivienda.

—¿Qué ocurre? —preguntó, sobresaltado—. ¿Qué hacen ustedes aquí?

—Buscamos a alguien, señor Korvin. Tal vez usted pueda ayudarnos a encontrarlo…

—No veo cómo ni por qué…

—Se trata de Marga Korvin. ¿No es su esposa?

—Sí. —Alan enarcó las cejas, perplejo—. ¿Dónde está?

—Es lo que quisiéramos saber. Ha desaparecido.

—¿Desaparecido? ¿Quién dice eso?

—Un amigo de ustedes, el señor Herko…

—¡Ese canalla!

—Por favor, ahórrese los insultos —cortó gravemente el policía —. No dificulte más las cosas.

—¿Qué cosas? ¡Ese hombre corteja a mi mujer descaradamente!

—No me importa, señor Korvin. No soy de la Comisión Moral, sino de la Criminal. El señor Herko anunció que la señora Korvin no acudía a una cita que tenía concertada con él. Vino a buscarla. No había nadie. Trató de localizarla, y resultó que nadie la había visto. Los controles de viajeros no marcan su salida de la ciudad, y usted sabe que el registro es escrupuloso. ¿Dónde está, pues? ¿Lo sabe usted?

Alan negó:

—No estoy en mi casa desde por la mañana. No puedo saberlo. Si no está aquí…

—No. No está. Ni ha dormido en su lecho esta noche, según lo he comprobado.

—¿Eh? ¡Eso no puede ser! ¡Ella estuvo anoche en casa, llegó de madrugada!

—Sabemos que llegó de madrugada —asintió suavemente el

policía—. ¿Qué le hizo usted, por esa razón?

—¿Está loco? ¿Qué iba a hacerle? Podía haberla matado… pero no la toqué.

—¿Entonces… qué significa esta sangre? —Le mostró dos pañuelos manchados de rojo—. Estaban en el suelo. Hay sangre también en el diván rojo.

—Oh, eso. Es de Marga. Se cortó anoche.

—¿Con qué se cortó?

—Ella dijo que con esas campanas —señaló los rosales encerrados en vidrio—. Pero es imposible. Yo no los he visto rotos al salir de casa.

—Eso parece. Se comprobará, sin embargo, si alguno estuvo roto y lo reparó el Servicio Urbano correspondiente. Ahora, señor Korvin, mucho me temo que tendrá que acompañarnos.

—¿Eh? —Alan dio un paso atrás—. ¿Adónde?

—Al Departamento Central de Policía, naturalmente. Hasta que aparezca su esposa o tengamos una pista clara de su paradero, usted está arrestado. Lo lamento, señor…

Dos agentes uniformados se le acercaron, para escoltarle. Alan sonrió con amargura, encogiéndose, de hombros.

—No hace falta que extremen tanto sus precauciones, señores —avisó secamente—. No soy ningún criminal. Y no voy a resistirme violentamente a la ley. Espero, sin embargo, que pronto puedan darme una amplia satisfacción por este atropello.

—Yo, sinceramente, señor Korvin, también lo espero y lo deseo —sonrió el policía sin ironía—. Y bien sabe Dios que lo deseo así… por su propio bien. Si la señora Korvin no aparece, o lo hace sin vida… su situación no tendrá nada de envidiable, amigo mío…

* * *

Marga Korvin no apareció jamás. Ni viva ni muerta.

Y lo que temía el agente de policía se fue cumpliendo inexorablemente, ante el creciente horror y desesperanza del protagonista de tan imprevisto y asombroso drama.

El llamado «Proceso Korvin» fue uno de los más sonados en aquellas fechas.

Alan tenía en casa una pistola desintegrante. Jamás recordaba

haberla utilizado. Cuando se le preguntó cuántas cargas tenía para ella, declaró, tal vez con demasiada precipitación, que cinco. Se encontraron únicamente cuatro.

Fue el primer detalle adverso. Luego, llegó la declaración de cierta parejita que unas mañanas atrás le oyera gritar a su mujer, a la salida de la casa, prometiendo estrangularla cualquier día. Y, según tales testigos, su rostro parecía expresar la sinceridad de tal deseo.

Los fiscales del Gran Consejo Delictivo presentaron nuevos testigos. Un policía que declaró había tenido que sacar a Alan Korvin de un establecimiento público, donde estaba molestando, evidentemente nervioso, a una mujer desconocida. Era la noche en que Marga estaba fuera, con Herko. Éste declaró que había avisado a Marga contra cualquier violencia por parte de Alan.

Eran inútiles las protestas de Alan Korvin contra toda aquella red sutil de testigos de cargo, acusaciones y evidencias adversas.

Se exhibieron los pañuelos ensangrentados, que parecían demostrar que, antes de ser disgregada, Marga Korvin había sufrido heridas, e incluso tal vez muerto a consecuencia de ellas, desintegrándola luego para borrar el cuerpo del delito.

Alan se incorporó, en ese punto, clamando contra tan monstruosa serie de acusaciones. El presidente del Supremo Tribunal de la Tierra le ordenó sentarse en su alto estrado de la gigantesca y ciclópea sala de piedra y cristal negro, foro máximo del planeta contra todo delito que afectase directamente a la convivencia humana.

Al ser requerido para que explicase la razón de tales manchas de sangre, su relato hizo sonreír a los jueces y al Gran Jurado. El fiscal Número Dos hizo comparecer entonces al presidente de Servicios Urbanos. Éste negó que se hubiera roto cúpula alguna de jardinería e hizo constar que sus servicios no habían reparado en momento alguno los aclimatadores transparentes de los rosales. Éstos eran de un modelo especial, únicamente en poder de ese Servicio Urbano. Por tanto, la historia era falsa…

Korvin se dejó caer, anonadado, sobre el pupitre de su banco de acusado. Se mesó los rubios cabellos con desesperación. Era horrible aquello. Verse ligado, envuelto materialmente en los hilos pegajosos y terribles de una telaraña espantosa. Paso a paso, parecía

caminar hacia su desastre, sin solución posible.

Claro que no había cuerpo del delito. Estuviera donde estuviera Marga, mientras su cadáver no se presentara, o alguien declarase haberle visto cometer el delito, cosa por completo imposible por no ser cierta, se salvaría de morir. Mas no de una larga pena de prisión en las Cárceles de Trabajos Árticas.

Pero esa esperanza final se aplastó cruel, espectacularmente, cuando el fiscal Número Uno llamó con voz potente:

—¡Testigo final, para demostrar que Alan Korvin asesinó a su esposa!

Alan dio un respingo terrible. Una conmoción enorme sacudió la vastísima sala, repleta de público. Miles de personas, allá abajo, miraron hacia los altísimos estrados del Tribunal. Los altavoces les llevaron el sonido implacable de la voz acusadora.

—¡No es posible! —jadeó Alan, que aún estaba bajo la impresión de las recientes declaraciones de su compañero de emisora, Doc Barnyd, revelando que él estuvo todo el día posterior a la desaparición de Marga, inquieto, hosco y nervioso, como sometido a un gran peso moral—. ¡No pueden llegar… a esa monstruosidad!

El testigo apareció en el estrado negro de los testigos. Alan dilató terriblemente sus ojos, y no atinó a pronunciar palabra alguna.

¡Allí estaba de nuevo! ¡ERA ELLA, LA DAMA DEL PELO DE PLATA!

Serena, altiva, erguida, con paso reposado y sonoro. Con unas estilizadas gafas oscuras que velaban sus ojos. Pero con la inconfundible figura, el pelo de blanco plateado, centelleando a la luz cegadora del Tribunal.

¡Era el testigo final de la acusación!

¿Qué nuevo horror iba a tener lugar en aquel juicio alucinante?

La primera pregunta del fiscal fue contundente y precisa. Tras el juramento legal de la testigo, los altavoces repitieron con ecos metálicos la pregunta del fiscal:

—¿Usted fue testigo del asesinato de la señora Korvin?

Se hizo un silencio impresionante. Alan, que iba a iniciar una protesta, a señalar a la mujer del pelo de plata, acusándola de espiar en su vida privada, se quedó sin aliento, esperando la respuesta.

—Sí, señor —contestó la mujer.

El murmullo se extendió como una marea. Alan se incorporó con violencia, iracundo, señalándola con dedo acusador:

—¡Protesto! ¡Esa mujer es una falsaria, una embustera! ¡Me persigue desde hace días, va detrás de mí como una sombra! ¡Y a ella es a la que molesté en el establecimiento de bebidas, porque también estaba allí siguiéndome! ¡Es una espía, una farsante que busca mi ruina, aún no sé por qué…!

—Por favor, el acusado debe callar —cortó fríamente el Presidente de la Corte—. Prosiga el testigo y el Ministerio Fiscal.

—Gracias, señor —el fiscal sonrió, volviendo a la carga—. Dígame, señorita, ¿su nombre cuál es, por favor?

—Aura Szyk —explicó ella.

—¿Procedente de…?

—Eurasia Central —sonrió Aura—. De Boskanya, Distrito Mundial Número Seis.

—Confirmado todo ello, señorita Szyk —el fiscal suspiró—. Ahora narre los hechos, por favor…

—Pues verán… Yo resido en la casa situada al otro lado de la alameda de la colina, la que alumbran con condensadores solares. La noche del suceso escuché voces estridentes en el interior de la vivienda. Algo así como una fuerte discusión.

—Eso parece improbable —observó secamente el defensor de Alan Korvin—. Las casas, hoy en día, son herméticas a cualquier sonido, interior o exterior. ¿Cómo pudo oír tales cosas la señorita Szyk?

—Muy sencillo —ella sonrió dulcemente, con su roja boca carnosa—. Una ventana estaba abierta por completo, en el gabinete. Por allí fluían los «sonidos de voces».

—¡Mentira! ¡No había ninguna ventana abierta! —aulló Alan, frenético.

—Es errónea su observación —apuntó con frialdad el fiscal—. Señor Korvin, cuando fuimos a su casa, pudimos entrar porque estaba abierta una ventana, como dice la señorita Szyk. Un agente nuestro penetró por ella, franqueándonos el paso al presionar el control magnético de entrada. Sin duda, la señora Korvin la abrió, temiendo algo de su marido. Siga, por favor, señorita Szyk.

—Me aproximé a la casa, apartándome de mi camino. Les vi pelear a los dos. Él parecía haberla golpeado, porque ella sangraba

por el rostro y las piernas. Ella trató de atacarle de nuevo, y él, cegado sin duda por la ira, la golpeó con fuerza. La vi caer abatida. No se movió ya del suelo. Ese hombre se inclinó sobre ella. Pareció demudado, lleno de terror. Salió de la estancia, volviendo con las manos enguantadas y una pistola desintegrante entre ellas. Tras una nueva comprobación sobre la mujer inmóvil, que parecía sin vida, apuntó hacia ella fríamente y disparó el chorro desintegrador. En un soplo desapareció el cuerpo de la mujer. Yo, llena de horror, me alejé apresuradamente.

—¡Falso! ¡Falso todo! —La voz de Alan se hizo desgarradora, virulenta—. ¡No puede decir eso! ¡Sabe que es mentira! ¡Mentira todo! ¡Yo no le hice ningún daño a Marga, no es cierto nada de eso! ¡Esa mujer quiere hundirme! ¡Quiere hundirme a toda costa!

—Ya lo he dicho antes, señor Korvin —el fiscal sonrió, agresivo—. Lamento hundirle yo también, pero hemos hecho la comprobación, detectando su gabinete con contadores Geiger. La pistola desintegradora es altamente radiactiva. Y hay un alto grado de radiactividad en su gabinete. Lamentables factores adversos, ¿verdad, señor Korvin?

Alan, atónito, se dejó caer en el asiento. La testigo del pelo plateado sonreía en su asiento, mientras el fiscal presentaba al Tribunal el resultado del examen radiactivo. El presidente asintió, pasándolo al jurado.

—¡Un momento! —estalló Alan, brincando de su asiento otra vez. Señaló a la testigo, febril, con ojos centelleantes—. Yo puedo demostrar a este Tribunal algo referente a esa mujer…

—¿Algo que la invalide como testigo?

—Tal vez. ¿Han visto ustedes a alguien que tenga ojos de color de oro? ¿Un ser humano de pupilas «totalmente doradas»?

Hubo risas y comentarios burlones en la sala. Alan sonrió, satisfecho, a pesar de ello. El Tribunal, sorprendido, no sabía qué hacer. Miraron al acusado. El jurado también. El fiscal, desconcertado, esperó asimismo lo que seguiría a la rara pregunta de Korvin.

—No hemos visto a nadie de tal característica —denegó el Presidente de la Corte—. Pero ¿adónde quiere ir a parar con ello?

—Muy sencillo. La prueba de que he visto a esa mujer en otras ocasiones, de que me sigue, es que sé que tiene ojos dorados tras los

lentes oscuros. ¡Y ningún ser humano tiene ojos de ese color!

—¿De qué la acusa, entonces, concretamente? Si la señorita Szyk tiene ojos dorados, será un fenómeno. Pero ¿qué demostraría?

—Que es un ser procedente de algún sitio extraño, una persona «no humana», que trata por alguna razón de destruirme… ¡después de haber destruido por sí misma a mi mujer!

—Eso sería preciso demostrarlo —el presidente se volvió hacia la tranquila testigo—. Por favor, señorita Szyk, ¿de qué color tiene usted los ojos?

—Es una pregunta absurda. Pero mis ojos han sido siempre verdes. Véanlos… —Se arrancó las gafas de golpe—. ¿Tiene eso algo de anormal o de infrahumano, como sugiere ese hombre?

Un rumor burlón recorrió la sala. Todos pudieron ver las pupilas jaspeadas, verdosas, de la hermosa, rubia. Incluso Alan Korvin, como petrificado. Ni siquiera la cruda luz de la Gran Sala de Justicia Mundial podía arrancarle el menor destello dorado.

La carcajada áspera y ominosa del fiscal Número Uno estremeció hasta la más profunda de las fibras de Alan Korvin. Y aun antes de oír su resumen final, con el rostro sonriente de la dama del pelo plateado danzando ante él, supo que estaba perdido. Definitiva e irremisiblemente perdido…

—No tengo más que decir, señores —decía ya el acusador, con voz clara, vibrante y triunfal, que llegó con huecos susurros hasta los más apartados rincones de la enorme sala—. Es evidente, a todas luces, que el acusado, Alan Korvin es culpable del asesinato de su esposa, Marga Korvin. Y, por tanto, sin más palabras, pido su veredicto justo y merecido: ¡la pena de muerte!

Alan, anonadado, ni siquiera alzó la cabeza para protestar.

Sabía que todo era ya inútil. La pena de muerte estaba allí. En el rostro del Presidente del Tribunal Supremo de la Tierra. En los demás jueces y letrados. En los treinta miembros del Gran Jurado. En el público mismo…

Y sólo ella sonreía. Ella, la extraña. La mujer capaz de trocar por artes mágicas sus ojos de oro en pupilas esmeraldas. Sonreía ante el reo a muerte que era él, Alan Korvin, inocente del monstruoso delito probado en la sala.

El veredicto final fue el previsto, por absoluta unanimidad:

Sentencia de muerte.

CAPÍTULO IV



a puerta de la celda se abrió. Se deslizó sin ruido, hundiéndose en el muro gris, metálico y liso.

—Entre, Korvin —dijo el celador de uniforme negro, uno de los llamados «Guardianes de la Muerte», en el trágico Pabellón 113—. Ésta es su celda.

Alan entró, mirando a su alrededor.

Los otros tres ocupantes le miraron con curiosidad. También con indiferencia.

Urko Abrad fue el más ajeno de todos a la presencia del nuevo huésped. Apenas si le dirigió una ojeada de soslayo, y siguió encerrado en su absoluto aislamiento, allá en el rincón más apartado de la cubicular estancia de donde partirían para el último viaje.

—Hola, Korvin —dijo roncamente Sek Madyr, el rebelde condenado por volar con un explosivo nuclear el Edificio Nacional, con más de cien personas dentro—. Tu crimen es vulgar y pasional,

pero eres un compañero más de infortunio. Se bienvenido, pues.

—Gracias —musitó Alan, sin casi mirar al que hablaba.

El gordinflón Otto Zanak clavó en Alan sus ojos vacilantes, huidizos. El cráneo, grasiento y pelado, parecía una esfera de metal bajo la luz del cubículo.

—No hagas caso a Madyr —dijo con un juramento—. Se cree un superhombre porque odia a la humanidad y pide un mundo mejor. Yo creo que el mejor mundo de todos es éste… pero con dinero.

—¡Dinero! —declaró despectivo Madyr, con gestos amplios y elocuentes—. El dinero no significa nada, cuando la moral, la sociedad y la política llevan sendas de corrupción.

—Al diablo contigo y con tus ideas —rezongó Zanak—. Ya ves a dónde te han llevado. Al mismo sitio que a mí el dinero, a Urko Abrad su afán de impedir al hombre a ser inmortal, y a Korvin el dejarse arrastrar por sus pasiones de humano y de hombre…

Los celadores de uniforme negro cerraron la puerta. Alan se encontró a solas con el extraño trío. Uno a uno se presentaron a él. Les estrechó la mano.

—He oído hablar de vosotros —dijo con amarga sonrisa—. Nunca creí que mi vida había de concluir con las vuestras.

—Sí, nosotros también oímos hablar de ti —comentó Madyr—. Nos permiten tener noticias del mundo exterior, a través de los altavoces de la celda. Hace unos días, tu voz nos llegaba como a mil años-luz
de distancia, dando las noticias de los boletines informativos. Y ahora estás con nosotros. Así es la vida, muchacho…

Alan asintió. Urko Abrad atrajo enseguida su atención. Era el hombre más singular y, tal vez, grandioso a su modo, del grupo de condenados. El delito de Caín resultaba en él casi perdonable. Con él había pretendido evitar al hombre un nuevo paso trascendental, como era la vida eterna. Pero ¿hubiera sido realmente eterna? ¿Era justo, era permisible, acaso, desafiar así a las leyes supremas?

Urko, equivocadamente o no, había sido un instrumento de justicia. El hombre no necesitaba ser inmortal. No pedía serlo. Era mejor así.

—Creo que eres inocente, Korvin —dijo de repente Urko Abrad, a las pocas horas de cautiverio común en el Pabellón 113.

Alan le miró con sorpresa. No esperaba esa declaración del

condenado.

—¿Por qué supones eso, Abrad? —preguntó.

Urko explicó:

—Escuchando tu proceso, me pareció que alguien mentía: aquella mujer a quien tú acusaste de tener los ojos dorados. ¿No fue eso lo que dijiste?

—Sí, eso fue. Los tenía, yo los vi. Pero no en el juicio.

—Ya sé. Era una acusación pueril, absurda. Los jueces debieron comprender que si decías eso, es porque tenía que ser cierto. A nadie se le ocurre una mentira así.

—Gracias por creerme, Abrad. Pero yo mismo me he dicho que debí equivocarme. Ella no tenía los ojos así en el juicio. Por tanto, tampoco debía tenerlos antes. Nadie puede cambiar el color de sus pupilas a su antojo.

—Ni nadie tiene ojos de oro —le recordó gravemente Urko con aire profético.

Alan asintió, perplejo. El problema era insoluble. Musitó, casi para sí:

—Y aunque hubieran sido dorados… ¿qué significaría eso? Nada.

—Si ella tenía ojos color oro, no era humana.

—Y si no era humana… ¿qué era? —quiso saber Alan.

—Sólo Dios lo sabe. —Urko se encogió de hombros—. El demonio no es solamente un mito. Existe, está por todas partes… Su diabólico influjo puede tomar formas terribles… Una droga para la inmortalidad del hombre, por ejemplo… o una mujer de ojos de oro y pelo de plata, que hunde a un hombre honrado en la perdición. Pero óyeme bien, Alan Korvin: si eres inocente, no temas morir. Tu alma se salvará. Y esa importa más que nada. Más que la propia vida…

Las palabras extrañas del prisionero impresionaron a Alan. Parecía un profeta, un sacerdote… En el mundo materialista del siglo XXIII resultaba increíble, suave y sedante, el impacto tierno de aquellas palabras…

—No temo a la muerte —dijo Alan con voz sorda, tras un largo silencio—. Nunca he temido morir. Ahora, tal vez menos que nunca…

—Haces bien. El miedo no ayuda a la hora de emprender el

viaje. Ese viaje del que nunca volveremos, Korvin…

Alan asintió. El viaje final. Del que nunca volvería. Y apenas si faltaban dos días para la ejecución…

Sintió dentro de sí un profundo desasosiego, una inquietud lacerante… El afán de desahogarse, de revelar sus sentimientos, sus recuerdos, temores e ideas…

Acaso por ello se acercó al pulsador fonético de la celda. Y comenzó a escribir. A escribir sus palabras, que sobrevivirían a su final…

CONTINÚA EL PRÓLOGO

Ya he terminado mis impresiones.

No es una historia fascinante ni novelesca. Lo terrible es eso: que voy a la muerte sin motivo, sin culpa… sin razón de ser.

No maté a Marga. No sé quién pudo hacerlo. Si alguien la desintegró con un arma nuclear, como se demostró con la inspección radiactiva de la habitación, no sé quién pudo ser. Se merecía un final así. Pero no estuvo mi mano presente en ello.

A pesar de ello, voy a morir. Con un hombre que mató a cien personas, con otro que asesinó a dos por pura ambición. Y con otro que aniquiló a su hermano y con él la fórmula de la vida eterna para el hombre…

Tal vez no sea justo. No lo es. Pero va a suceder así. Es irremediable…

Faltan pocas horas ya. Muy pocas. Escribir mi historia me ha llevado tiempo.

Urko Abrad está rezando, allá en su rincón. Extraño hombre. Se despide de la vida con una plegaria, después de haber matado a su hermano.

Los altavoces de la celda han dado hoy el boletín de noticias. No vemos la imagen, pero oímos las voces radiadas. Otro locutor ocupa mi puesto en la

E. T. R.

Es una voz bonita la suya. Se hará famoso. Tan famoso como yo, Alan Korvin. Y espero que no tenga un final como el mío…

Dicen que mañana va a salir un nuevo proyectil hacia el espacio. Es un experimento nuevo, otro paso gigante de la Ciencia por la conquista del Universo. Han dicho también que mañana se celebra el Gran Desfile conmemorativo del fin de todas las guerras humanas

sobre la superficie terrestre. Un gran día, es cierto. Ya no lo recordaba.

La vida seguirá, pues. Y nosotros ya no lo veremos. Estaremos muy lejos de aquí. En el término de ese viaje del que nunca volveremos.

Termino. Soy inocente. Quiero que cuando el mundo pueda conocer estas breves memorias mías, sepa que dije la verdad. Toda, la verdad que yo conocía. Que no hice daño alguno a Marga. Que no pudo haber testigo alguno de mi crimen, porque no hubo tal crimen.

Y que ella, la mujer del pelo de plata y los ojos dorados, mintió.

Que ella, en definitiva, me sepultó en las tinieblas eternas de la muerte.

Aura Szyk, seas quien seas… te perdono. Vengas de donde vengas, y sea cuáles sean tus razones para destruirme, no te guardo rencor en la antesala de mi fin.

Dios nos enseñó a perdonar. Urko Abrad estoy seguro de que perdona a sus verdugos. Yo también. Al menos, si he de morir, que sea en paz con mi conciencia, con Él que ha de juzgarme allá arriba…

Adiós. Adiós a todo y a todos…

SEGUNDA PARTE

LA BARRERA DE LA LUZ

CAPÍTULO PRIMERO



e abrió la puerta de la celda. Cuatro cabezas sobresaltadas, como muñecos movidos por resortes tensos, nerviosos, se alzaron vivamente al suave zumbido de la hoja metálica al deslizarse a un lado.

—¿Ya es la hora? —Gruñó con acritud Zanak—. Yo creí que faltaban aún más de tres horas…

—Claro que faltan tres horas —rezongó Sek Madyr—. Será una visita de cortesía…

Urko Abrad miró larga y pensativamente a los tres centinelas de uniforme negro, brillante, y armas nucleares. Alan, a su lado, alzó los ojos, cubriéndose su frente de profundas arrugas, bajo los rizos revueltos de su melena rubia.

Ahora, los centinelas se habían echado a un lado. Dejaron paso a un cuarto visitante, que penetró en la celda cuadrangular. Después, la puerta se deslizó otra vez, y quedaron en el interior de la estancia los cuatro reos y los cuatro visitantes.

El aparecido era un singular personaje. Vestía un traje civil oscuro, capa igualmente oscura, y manos enguantadas. Los ojos, vivaces y pequeños, aparecían escondidos tras dos espejeantes gafas, que reflejaban la fuerte luz de la estancia.

Les miró uno por uno. Y habló bruscamente:

—Señores, todos ustedes han estado sometidos a observación y escucha durante estos días de prisión en el Pabellón 113.

—Muy amable —masculló Madyr—. ¿Acaso somos monos o conejos de indias, sometidos a vigilancia científica, señor?

—Algo así —sonrió el otro. Lentamente, dio unos pases por la estancia, en el más completo silencio. Luego se paró en un punto y se volvió en redondo hacia ellos—. Escuchen: yo soy el coronel Rod Wilhem, del Servicio Especial de Astronáutica.

—¿Astronáutica? —Zanak se encogió de hombros—. ¿Y qué?

—Traigo aquí cuatro documentos —extrajo de un bolsillo cuatro sobres cerrados, que mostró a los reos—. Son sus cuatro indultos.

—¿Indultos? —Madyr dio un respingo, saltando como si le lanzase una catapulta—. ¿Qué está diciendo? ¡Nuestros delitos no tienen indulto! ¡No hay indulto para los presos del Pabellón 113! ¿Por qué no se va con sus mentiras a otra parte y nos deja morir en paz?

—Espera, Madyr —le atajó con sequedad Alan—. Este hombre dice la verdad. Es el documento especial de indulto, en papel metálico y con el sello del Gran Estado Central. Los he visto antes… Y él es quien dice: Rod Wilhem, del Servicio de Astronáutica.

—Gracias, Korvin —sonrió el recién llegado—. Pero espere que termine lo que he venido a decir. No quisiera despertar en ustedes falsas esperanzas ni ilusiones vanas. No hay perdón para sus delitos. Solamente un indulto… que no lo es.

—¿Que no lo es? —Alan enarcó sus blondas cejas—. ¿Qué quiere decir con eso?

—El condenado Madyr dijo la verdad antes —suspiró el coronel Wilhem—. En este Pabellón no existe el indulto. Lo que les traigo es algo diferente, una elección.

—¿Una elección? ¿Cuál?

—La del modo de morir. Pueden escoger de dos formas. El Foso de la Muerte…, o uno, posiblemente más largo y más cruel. O más breve y más dulce, no lo sé. Nadie lo sabe.

Se miraron entre sí los cuatro hombres. La luz de esperanza surgida en algunos ojos, se diluyó de nuevo en sombras de agonía.

—Y eso ¿qué más da? —Alan se encogió de hombros—. El que va a morir no teme ya lo largo o lo corto de su ejecución. Si quieren experimentar alguna clase de muerte nueva, pueden hacerlo libremente. No creo que podamos protestar.

—En este caso, sí pueden protestar. Tienen derecho a morir como marca la Ley, no de otro modo —declaró el coronel.

—Entonces no comprendo a qué… —Alan se detuvo; luego cambió de tono—. Espere. Es usted de Astronáutica. ¿Qué pinta eso en la ejecución de cuatro hombres que nada han tenido que ver en su especialidad?

—Es usted muy astuto, Korvin —sonrió Wilhem—. En nuestro examen lo hemos comprobado todo. Que Abrad es el más frío y resignado. Usted, el más rebelde y vivo de inteligencia. Madyr, el más impetuoso y duro. Zanak, el más ambicioso y falto de escrúpulos. Todos pueden ser útiles. Pero su utilidad será simplemente experimental.

—¿Experimental? —Alan Korvin empezaba a intuir algo. Se acercó a Wilhem con paso lento, bajo la mirada vigilante de los inmutables guardianes de negro—. Acabe de una vez y no nos tenga sobre ascuas. ¿De qué clase de experimento ha venido a hablar?

—De éste —tiró los cuatro sobres encima de una mesa—. Pueden cogerlos. Les serán válidos para eludir la ejecución. En su lugar, serán conducidos a la misma hora hasta un punto X de la ciudad, bajo su superficie. Allí estará esperando, a los que decidan tal destino, un vehículo con rumbo al espacio. En ese vehículo entrarán ustedes. Se adaptarán unos electrodos especiales y unos cascos de transmisión mental. Luego, el vehículo espacial, será disparado al vacío. Como tripulantes, los que escogieron ese camino.

Reinó un breve silencio. Zanak lanzó la primera pregunta:

—No es la primera vez que se lanza un proyectil al espacio. Los planetas están llenos de estaciones terrestres. Los hombres surcan el vacío desde hace tres siglos. ¿Por qué ese aire trágico? Parece fácil la elección.

El coronel Wilhem tosió, antes de levantar una mano y decir brevemente:

—Cuidado. Ya les advertí antes. No quiero que nadie se llame a engaño. Este viaje al espacio no tiene semejanza con ningún otro. No se trata de una expedición segura, ni siquiera de un viaje con el regreso probable. Es algo nuevo y sensacional. Pero un experimento que no tiene regreso posible. Ninguno de ustedes volverá jamás a la Tierra, triunfen o fracasen…

* * *

Ahora el silencio fue mucho más largo. Se miraron todos entre sí, con los nervios tensos como cuerdas de guitarra.

Ninguno, salvo Urko Abrad, siempre frío y dueño de sí, pudo resolverse a hablar. El reo de carácter hermético interrogó suavemente, sin emoción:

—¿No hay regreso?

—No. No hay regreso.

—¿Y de qué servirán los tripulantes de esa nave sin retomo?

—De experimento vivo. Por los electrodos y cascos magnéticos podremos seguir desde la Tierra todas sus reacciones, ideas y palabras. Todo cuanto les ocurra será seguido punto por punto. Hasta el fin… Pueden obtener el éxito, pero eso no significará gloria alguna para ustedes, porque no vivirán para contarlo. Ni nadie sabrá en la Tierra, salvo nosotros mismos, que ustedes ocupan ese vehículo. Oficialmente, habrán muerto en el foso de ejecuciones.

—Y si fracasamos… ¿qué clase de fin será el nuestro? —preguntó vacilante Alan.

—No lo sabemos. Lo más probable es que no lleguen a saber nunca nada de nada. Serán de utilidad a la Ciencia humana, pero nada más. Espero que, si aceptan, la muerte será suave. El éxito lo único que hará será prolongar sus vidas, pero no salvarlas.

—Bien. Suponga que aceptamos —dijo Zanak tras una pausa—. ¿Nos van a decir, al menos, la clase de experimento que va a realizarse con nosotros?

—Sí. Solamente si aceptan, sabrán lo que se espera de ustedes. Les dejo tiempo para pensárselo o discutirlo, si lo desean. Una hora como máximo…

—Yo no necesito tanto —declaró Alan con rotunda y sorprendente rapidez—. Acepto.

Wilhem le miró con sorpresa.

—¿Quiere decir que prefiere el proyectil… aun sabiendo que será un simple ataúd en los cielos para usted, señor Korvin?

—Sí. Morir por morir, será más hermoso hacerlo así. Y más digno. Cuente conmigo.

—¡Qué diablos! —rezongó después de una leve duda Otto Zanak —. Creo que Korvin tiene razón. No hace falta discutirlo. Me inclino por el viaje sin retorno.

—Y yo —musitó roncamente Madyr, con un escalofrío—. Me haré la ilusión de que es una excursión de placer…

—Bien. Admiro su decisión rápida y firme, señores —declaró el coronel, satisfecho—. No hemos querido pedir voluntarios, pues siempre es terrible condenar a un hombre joven, fuerte y en su plena razón, a una muerte segura. Por eso se pensó en ustedes. Hemos ido aplazando la fecha del experimento, hasta contar con un mínimo de tres reos a muerte a quienes ofrecerles la elección. Mañana, día del Gran Desfile, es la fecha definitiva. Y si ustedes no hubieran aceptado… yo sería uno de los voluntarios de a bordo.

Suspiró al decir esto, con la faz pálida y contraída. Luego, sus ojos fueron al silencioso e inexpresivo Urko Abrad. Le preguntó suavemente:

—¿Y usted, Abrad? ¿Acepta también? Su delito es el menor de todos por el motivo que lo provocó… Espero que…

—No espere nada, coronel —sonrió Urko—. Ya tiene su tripulación mínima y precisa. Yo no voy.

—¿Cómo? ¿No quiere seguir a sus compañeros?

—No.

—¿Prefiere la muerte en el foso?

—Eso es. La Ley me condenó a ello y yo respeto a la Ley, porque la estimo justa. Alan Korvin es quien ha decidido a Zanak y a Madyr, lo sé. Y sé por qué Korvin ha elegido esa forma de morir. Es joven, y se sabe inocente del delito que se le imputó. Aunque lo niegue, y se lo niegue incluso a sí mismo, guarda una remota esperanza en lo más hondo de su ser. Yo también quiero tener esa esperanza por él, que es el más digno de seguir viviendo. Yo, en cambio, no quiero posibilidad alguna para mí.

—Ya le he dicho que no la hay tampoco. ¡Jamás volverán a la Tierra! Ni a parte habitable alguna. Morirán sin remedio, en su

féretro del espacio…

—Demasiado poético y hermoso morir así —denegó lentamente Urko con sonrisa amarga—. No, coronel. Yo amaba a mi hermano, y aun así le maté para destruir su invento. Merezco morir. Denme la muerte dictada por la Ley, no otra. Y no insista.

—Bien —el coronel de Astronáutica inclinó la cabeza, despacio —. Respeto su voluntad. Y le admiro Abrad. De veras que le admiro, como creo le admiramos todos.

—Gracias… —Volvió a su hermético silencio de siempre.

Alan respiró hondo. Clavó sus ojos en el coronel Wilhem al preguntar:

—Bien, coronel. Ya tiene sus tres ratones vivos para el proyectil del espacio. ¿Va a decirnos ahora de qué se trata?

—Sí —lentamente, les entregó los sobres de papel metálico, gris y brillante—. Ahí lo encontrarán… Señores, dentro de tres horas justas, vendré a recogerles. Estén preparados entonces. Y gracias por todo. Serán tres reos a muerte que han sabido prestar su último y mayor servicio a la humanidad.

Rasgó el sobre correspondiente a Urko Abrad, y guardó los trozos en el bolsillo. Respiró con fuerza, y abandonó la celda, seguido de los tres silenciosos guardianes.

Alan, sin prisas, abrió el sobre. Un pliego escrito surgió del interior. Solamente llevaba unas palabras dispersas. Pero claras, reveladoras:

INDULTO

> «El portador de este Indulto renuncia a su vida, que entrega a la Ciencia y al progreso de la Humanidad, alistándose como viajero voluntario en el primer vuelo superior a la velocidad de la luz.
>
> »Este vuelo carece de destino. Su final es desintegrarse en el espacio, o llegar allí de donde es imposible volver en forma alguna, puesto que la carga del proyectil-cohete bautizado con el nombre “SUPERLIGHT”, es solamente útil para la partida, mas jamás para su regreso, técnicamente imposible».

Alan, despacio, tendió el papel a Urko Abrad. El condenado leyó su contenido. Zanak y Madyr lo habían hecho ya y, muy pálidos, tragaron saliva en forma ruidosa, sin pronunciar una sola palabra.

—Lo sospechaba —musitó con voz grave Abrad, devolviéndole el documento a Alan—. Os envidiaría, si no fuera porque elegí mi propio camino. Los primeros seres que romperéis la barrera de la luz…

—O tal vez no —dijo Alan.

—Bueno, ya me contaréis el fracaso o el éxito de vuestro experimento —la sonrisa amarga de Abrad se acentuó—. Porque todos nos encontraremos en el mismo lugar, sea cual sea el camino elegido, si ese coronel ha dicho la verdad. Y no creo que mienta. Pero aun así, merece la pena…

Alan Korvin no contestó. Se preguntaba si era realmente así.

Pero algo impulsivo, superior a cualquier otro sentimiento, le había forzado a aceptar el viaje sin regreso. El vuelo más allá de la luz… del que jamás volverían a la Tierra.

¿Jamás? Era una palabra que carecía de valor ante los umbrales de la muerte. Tal vez por ello no le asustaba. Y no se arrepentía de haber elegido su propia senda.

Morir camino de las estrellas, o tal vez después de rebasadas éstas, era una forma bella de morir.

Bella y, tal vez, heroica…

CAPÍTULO II



os tres hombres se detuvieron un momento en el corredor subterráneo, a las puertas del micromóvil-oruga que, sobre dos vías metálicas, les conduciría a su punto de partida.

Rod Wilhem respetó su mudo deseo. También él sabía lo que esperaban los tres viajeros del espacio.

Las miradas se clavaron en una luz roja, parpadeante sobre sus cabezas, en el techo curvo del corredor. Sabían, porque así se había difundido, que esa luz roja, parpadeando, marcaba la vida de un condenado a muerte. Cuando se apagase, significaría que la sentencia se había cumplido.

Todavía parpadeó un segundo, dos, cinco, diez…

De repente, se hizo la oscuridad en la luz circular. La luz se volvió violácea, casi negra.

—Ya está —musitó Wilhem—. Vuestro compañero Urko Abrad ha seguido el camino que él mismo escogió. La sentencia está

cumplida…

Alan se estremeció. Mentalmente, dirigió una despedida al compañero muerto.

—Tal vez hubiera sido mejor así —opinó Madyr con un escalofrío—. Al menos él ha terminado ya…

No le contestó nadie. El coronel Wilhem abrió la puerta del micromóvil-oruga, y les invitó a entrar con un gesto. Los tres se acomodaron delante. Wilhem lo hizo detrás, junto con un guardián armado. Se pusieron en marcha vertiginosamente.

Zanak aventuró durante el viaje un murmullo:

—Korvin, si pudiéramos desarmar a ese tipo y escapar…

Una risita burlona de Wilhem, a su espalda, le atajó. Llegó la voz a través del panel de vidrio que les separaba, por un oculto micrófono:

—Les escucho, amigos —dijo el militar—. Es inútil toda fuga. En cuanto este vehículo se puso en marcha, se electrificó todo el corredor. Una carga de cien mil voltios recorrería el cuerpo del primero que intentase salir. Pueden hacerlo, si lo desean…

Zanak se mordió el labio, furioso. Alan rió entre dientes, y Madyr permaneció inmóvil, con la vista perdida ante sí, como si tuviera alguna idea fija en su mente.

El vehículo volaba sobre las rampas metálicas, produciendo un silbido estridente, al horadar los corredores del subsuelo de la gran urbe. Dentro de la cabina, la temperatura era confortable. La sensación de velocidad, turbadora. Alan pensaba lo que se sentiría cuando esa velocidad se multiplicase por mil, por cien mil, por trescientos mil… por un millón acaso.

Pronto iba a saberlo. Singular privilegio de muerte, reservado a tres hombres de la Tierra, a tres condenados, a tres delincuentes… Eran la tripulación más extraña e inquietante de todos los tiempos, lanzados a la aventura acaso más fascinadora y terrible a la vez.

La voz de Wilhem parecía resonar huecamente bajo su cerebro: «¡Nunca volveréis! ¡Nunca volveréis!»…

Cuando el vehículo subterráneo se detuvo, y salieron de su cabina, contemplaron atónitos el lugar fabuloso en que se hallaban.

El proyectil, gigantesco, de dimensiones colosales, ofrecía un último cuerpo en su cima, de forma oval, agudizada en su proa. Su color era negro, como un símbolo vivo de su lúgubre destino.

Pero no era el enorme proyectil fijado sobre los reactores a fotones, lo que más impresionaba, pese a su altura y dimensiones, al centelleo plateado de su cuerpo, al nombre escrito con letras colosales, dispuestas verticalmente: «SUPERLIGHT». El denominado «Superluz» era tan sólo un detalle en aquella nave gigantesca, alucinante, de dimensiones capaces de hacer palidecer a la plaza central de la gran ciudad. El centro de la vastísima nave subterránea, terminaba en una gigantesca claraboya de vidrio opaco, que el vehículo del espacio destrozaría al salir, si no era descorrida previamente.

La pieza destinarla al viaje se erguía sobre una segunda plataforma circular, a la que se subía por unas escaleras mecánicas en movimiento, que pasaban también por otra plataforma previa, más amplia e igualmente circular, sobre la que vieron equipos, cajas metálicas y vestimentas extrañas.

Wilhem refirió, iniciando el ascenso hacia la primera plataforma:

—Ahí tienen sus ropas, diseñadas para soportar la velocidad superlumínica. Teóricamente, resistirán. Pero no sabemos lo que harán sus cuerpos al rebasar los trescientos mil kilómetros por segundo que son, hasta hoy, barrera final en los conocimientos y alcances físicos del ser humano. Los equipos son por si sobreviven y duran mucho tiempo en… en donde sea. Simple prevención, como comprenderán. Líquidos solidificados, alimentos comprimidos y todo eso, para ir sobreviviendo mientras puedan. No desearíamos que muriesen, pero no está en nuestras manos impedirlo. Todas esas prevenciones son pura rutina, que sabemos inútil en su caso. Sin embargo, que no quede por precauciones…

Alan Korvin se detuvo de repente, junto a los equipos espaciales, de un extraño tejido liviano como el aire mismo, pero resistente, durísimo como láminas de acero.

Miró directamente a los ojos al coronel Wilhem.

—Supongamos… —empezó con voz sorda—. Supongamos, por un momento, coronel… que volvemos a la Tierra.

—Imposible, Korvin. No sueñe con eso.

—He dicho… supongamos. Si estas cosas están aplicadas a una simple teoría, no veo razón para no llevar más lejos la teorización. Supongamos, repito, que volvemos aquí. Vivos todos… o alguno de

nosotros. ¿Qué sucedería entonces?

—El indulto seguirla siendo efectivo. Habrían cumplido la misión para la cual se les concedió. Y nada ni nadie, ni ley alguna, podría caer sobre ustedes. Serían libres, dueños de sí otra vez. Cumplida su sentencia ante la justicia de los hombres.

—Es cuanto quería saber, coronel. Gracias.

—No me tache de pajarraco siniestro, Korvin —sonrió con tristeza Wilhem—. Pero ha sido una simple teoría, tan remota como la posibilidad de que, rebasando la velocidad de la luz, lleguen a alguna parte. Más remota aún, porque, aunque llegasen a ese lugar teóricamente señalado por los creadores del «Superluz», jamás volverían. No alimenten la menor esperanza. Es un experimento sin solución. Por eso se les eligió a ustedes…

—A pesar de todo… gracias, coronel Wilhem —dijo Alan con firmeza—. Nada ni nadie puede quitar a un hombre la última y más débil esperanza, ni siquiera en los umbrales de la muerte…

—Vístanse —dijo roncamente el militar—. No hablemos más de eso, por favor… Tenemos los minutos contados. Exactamente quince, señores. Pónganse esos trajes. Y tomen sus respectivos equipajes y cajas. Tienen cinco minutos para todo ello.

Les sobró uno o dos. Estaban ya vestidos, con los tres trajes ligeros, flexibles y amplios, con las capuchas o escafandras ovales de materia plástica transparente, de un raro tono violáceo, con casco gris, dotado de dos electrodos, que se repetían en manos y pies, sobre el traje mismo, en forma de mono completo, cerrado herméticamente. Eran de tres colores diferentes: rojo, verde y amarillo.

El coronel indicó:

—Bien. Ahora, arriba…

Subieron a la plataforma segunda. Dos silenciosos militares de uniforme gris, accionaron un resorte. Se abrió una portezuela deslizante, de forma circular, en el cuerpo del enorme proyectil. Descendió de ella mecánicamente una escalera de metal.

—Suban —ordenó secamente Wilhem—. Esa escalera permanecerá así solamente un minuto.

Estrechó la mano a cada uno de ellos, con premura. Zanak y Madyr comenzaron a escalar rápidamente los tramos metálicos. Alan fue el último.

—Adiós, Korvin —dijo el coronel—. Usted es el jefe absoluto del grupo. Le he elegido yo mismo, de acuerdo con los resultados psicológicos y físicos de su examen durante el cautiverio.

—Muy amable. ¿Lo saben ellos dos?

—No hace falta —señaló el casco de su traje—. Usted recibirá las instrucciones finales por su receptor del casco. Después, su propia inventiva y condiciones de mando harán lo poco que reste por hacer: Ya le he dicho que no confíe en absoluto en nada. Es inútil, porque jamás volverán…

Alan afirmó. Lo sabía de memoria. Estrechó la mano del coronel y subió rápidamente la escalera. Cuando llegó arriba, la puerta se cerró. Recogióse automáticamente la escala, empotrándose en el cuerpo del proyectil.

Se encontró con sus compañeros en una cabina cilíndrica iluminada por una luz tenue, azulada, surgiendo de los muros. De repente, una sensación de vacío en el estómago les indicó que la cabina subía, subía vertiginosamente, disparada hacia las alturas.

Era un ascensor interior del proyectil, que debía morir en el cuerpo ovalado y negro del final. Así fue, porque al detenerse la cabina con un suave frenazo, se deslizó la curva pared, mostrando un leve pasadizo que iba a terminar en otra puerta, oval, negra, que se deslizó mecánicamente, sin nadie a la vista que la accionase.

—Entren —dijo, por los receptores mentales de Alan, la voz de Wilhem—. Es el proyectil propiamente dicho. Su ataúd, Korvin…

Alan sonrió bajo su escafandra violácea, con extraño humorismo. Wilhem era cruel a sabiendas. No quería que alimentaran la menor esperanza en nada. Pero…

—Vamos —dijo, dentro de su escafandra.

Y debieron oírle ellos dentro de la suya, porque Zanak y Madyr asintieron, tras una duda breve, echando a andar.

Su casco tenía contacto directo con Wilhem. Y los de Zanak y Madyr con el suyo.

El corredor, bordeado por muros totalmente lisos e infranqueables, que tanteó Madyr desesperadamente, les llevó a la puerta ovalada. La cruzaron. Se cerró tras ellos la puerta con un chasquido.

Y se encontraron dentro de su féretro intergaláctico, en el «Superluz».

* * *

Era una cabina hexagonal. Uno de los muros aparecía cubierto por una pantalla receptora de televisión. El otro mostraba unos resortes de tres colores: rojo, verde y amarillo. La voz de Wilhem ordenó mentalmente:

—Pulse cada uno el botón con el color de su traje. Y quédense frente al muro.

Alan repitió la orden a sus dos compañeros, que obedecieron al punto. Sus dedos, enguantados por la flexible materia, presionaron los respectivos resortes. Éstos se hundieron en el muro.

Y surgió, al abrirse la pared metálica, un cuadro de instrumental, de botones y de mandos. Al mismo tiempo, bajo cada uno de los tres hombres surgió asimismo una especie de asiento metálico, cóncavo, en el que se sentaron, forzados por la brusquedad de su aparición.

De repente, ocurrió algo anómalo. Madyr, el rebelde y audaz Sek Madyr, entró en acción rápida y violentamente.

Con un aullido de júbilo feroz, que le llegó a Alan a través de sus receptores en el casco de su escafandra, se abalanzó sobre el cuadro de instrumental, en vilo sus puños, para destruir los delicados mandos. Gritó claramente:

—¡Eso quería yo! ¡Os destruiré vuestro ingenio, malditos! ¡Por un mundo mejor…!

O más bien, intentó levantarse. Porque simultáneamente a su acción agresiva, encaminada a destrozar la obra minuciosa de la Ciencia terrestre para vencer la barrera lumínica, ocurrió algo imprevisible.

Del asiento cóncavo que ocupaba surgieron dos brazos de metal flexible, que rodearon con férreo cinturón a Madyr, adhiriéndole materialmente a su silla, en la que volvió a caer pesadamente con un obsceno juramento de ira.

Asombrado, Alan contempló la escena. Vio debatirse a Madyr en su asiento, totalmente en vano porque la presión del metal aumentaba a cada movimiento suyo.

—Dígale que se detenga, o perecerá asfixiado —dijo la voz de Wilhem por los transmisores de Korvin.

Alan lo hizo, y Madyr, convencido de ello, se detuvo, lívido,

espumeando sus labios por la impotencia furibunda de su acción. Miró jadeante a Alan.

—¿Cómo lo sabes todo? —Gruñó, bilioso—. Pareces estar tan enterado como Wilhem.

—Recibo sus órdenes por un transmisor —refirió Alan secamente, señalando la escafandra—. Me ha nombrado jefe del grupo… mientras vivamos.

—A la orden entonces, «jefe» —declaró con cierta acritud Zanak.

Hubo un breve silencio.

—¿Por qué has querido hacer eso, Madyr? —preguntó Alan, sin hacer caso de la ironía.

—¿Por qué volé el Edificio Nacional? —aulló el condenado—. ¡Por un mundo futuro mejor, por otro sistema de cosas! ¡No es así como yo he soñado la política mundial!

—Fanático y revolucionario —suspiró Alan—. Debí comprenderlo, Madyr.

—Yo lo comprendí ya —dijo la voz de Wilhem por los receptores, y en respuesta a la charla que, por lo visto, llegaba íntegra hasta él—. Por eso dispuse los colores de trajes. Madyr ocuparía la silla de los rebeldes. El «test» psicológico fue completo, Alan, y sabemos cómo es cada uno de ustedes y cómo piensa. En el sentido destructor, sólo Madyr era peligroso. Zanak no hará nada, por inercia. Usted, por honestidad, Ahora ya conoce a sus compañeros de viaje. Pero no espero le sirvan de mucho esos conocimientos… Ocupen sus puestos, Alan. Van a partir en breve. Los mandos se dirigen por control a distancia. Sólo en caso de emergencia deberá utilizarlos, según sus indicaciones. Eso, suponiendo que desee colaborar. Si no… basta dejarlo todo a su albedrío, para terminar antes esta aventura sin horizontes, amigo mío. Éste es mi adiós. ¡Buena suerte! Y comprenda que no le desee buen viaje. Lamento de veras su destino, Korvin. Es usted un buen muchacho, a mi juicio.

—Gracias, coronel. —Sonrió Alan bajo su casco transparente—. Eso es siempre un consuelo… incluso en este viaje…

Se volvió a los dos compañeros de expedición. Ordenó gravemente:

—No os mováis de vuestros asientos. No sé lo que va a ocurrir ahora, pero sea lo que sea… va a ocurrir. Suerte, amigos… Y ¡hasta

la Eternidad!

Ocupó su propio asiento. Luego esperó… Los otros esperaron también. Con la vista fija en el cuadro de instrumentos.

De pronto, los tres asientos giraron mecánicamente sobre sí mismos. Se encontraron de cara a la pantalla televisora, que era de metal blanco, opalescente. Se iluminó poco a poco y apareció en ella la faz de Wilhem.

Serena, inmutable, mirando hacia una esfera sobre la que una aguja hacía un recorrido lento por segundo:

—Diez… —empezó a contar la voz del coronel de Astronáutica —. Nueve… Ocho…

Alan contuvo la respiración. Cuando llegase la Hora Cero, sería el gran impacto, el salto gigantesco, fabuloso, al espacio. No en un viaje interplanetario vulgar, sino en un brinco alucinante y sin esperanzas, al tiempo, a la luz, a la nada tal vez…

—Siete… Seis… Cinco —seguía, implacable, la cuenta de Wilhem.

—Cuatro… Tres… Dos… Uno…

Una pausa que pareció un siglo. Y…

—¡Cero!

Fue como si su cuerpo se desintegrase y volara en fragmentos por la nada silenciosa y negra. Un impacto en sus sentidos, en todo su ser… Alan Korvin se sintió disparado al vacío, expulsado con violencia desde el suelo. Tal vez era la muerte.

Tal vez, porque no sentía nada. Había dejado de ser Alan Korvin.

CAPÍTULO III



stamos vivos aún, Korvin! ¡Vivimos todavía…!

Vivimos todavía… Estamos vivos, Korvin…

¿Quién decía aquello? ¿Quién decía tales palabras y por qué resonaban así, bajo la cúpula vacía de su cráneo, con oquedades estremecedoras…?

Abrió los ojos. O tal vez los tenía abiertos. Lo cierto es que dejó de flotar en las tinieblas, y se encontró en aquella misma cabina hexagonal, bañado por una rara luminescencia violácea…

Sí, estaban ellos también. En sus asientos, como encogidos, inmóviles, pegados a las sillas cóncavas de metal. Otto Zanak y Sek Madyr. Y él. Los tres…

¡VIVOS!

—¡Dios mío! —musitó—. ¿Cuánto durará esto aún?

Lentamente, agitó la cabeza. Le zumbaban los oídos, llegaban a sus tímpanos extraños sonidos deshilvanados, vibraciones y siseos,

raros pitidos remotos… Todo como en un desfile fulgurante, vertiginoso…

Miró la pantalla visora. Nada. Sólo ráfagas de luz. Rojas, azules, blancas, lívidas… Debajo, un disco señalaba: VELOCIDAD DEL «SUPERLIGHT».

Alan vio unas cifras. Parpadeó. ¡No era posible!

Allí decía… *QUINIENTOS MIL*. ¡Quinientos mil kilómetros por segundo!

Casi el doble de la velocidad de la luz. Comprendió que todo había ido bien. Increíblemente, surcaban el espacio a velocidad ultralumínica, sin que todo lo físico se distendiese o alcanzase la masa infinita preconizada por los científicos en sus lejanas teorías.

El «Superlight» no sólo había remontado el fabuloso vuelo, dejando atrás la velocidad lumínica, sino que la superaba, ascendiendo a cifras inauditas, si aquel indicador de la pantalla funcionaba bien, como era de suponer.

—No vemos nada… —jadeó la voz ronca de Zanak—. ¿Por qué?

—No podemos verlo —refirió Alan—. Al rebasar la velocidad de la luz, máxima conocida en el mundo físico, cuantos objetos lleguen a nosotros es porque su luz o la que reflejan nos los muestran así. Nosotros llegamos a ellos, antes que su propia luz a nuestras pupilas. De ahí que únicamente crucen la pantalla líneas luminosas sin forma, orden ni color.

—Esto es diabólico, espantoso… —jadeó Madyr, hundido en su asiento, petrificado.

—Sí, es espantoso, pero no diabólico —asintió Alan—. A cada segundo que transcurre, nos alejamos medio millón de kilómetros de la Tierra, del tiempo nuestro, de todo aquello que nosotros conocemos. Ahora comprendo lo que dijo Wilhem… Jamás volveremos. Y aunque nos fuera posible volver, no lo haríamos al mundo, a la época que hemos conocido y dejado atrás.

—¿Eh? —Zanak, con ojos desorbitados, miró a Alan a través de su escafandra—. ¿Qué estás diciendo, Korvin?

—Hemos franqueado dos barreras a la vez, según los conceptos de tiempo y espacio: la luz y el tiempo van unidos entre sí por una lógica línea común. Reciben en la Tierra la luz de Galaxias y de estrellas desaparecidas hace millones de años. Su luz está aún en viaje, llegando a ellos. Pero nosotros, saltando sobre esa luz,

llegaremos a la propia Galaxia que no existe. Habremos, pues, llegado a un remoto futuro de la Tierra. Veremos el cataclismo estelar que destruyó esa Galaxia o esa estrella, miles de años antes de que ellos puedan verla en el mundo. En una palabra, habremos saltado por encima del tiempo…

—No entiendo eso —gruñó Madyr—. ¿De qué nos servirá?

—Probablemente de nada. Pero es a lo que iba. Si alguna vez diéramos dirección opuesta a este proyectil, regresaríamos, a la Tierra tal vez. Pero… ¿a qué Tierra? ¿A la de nuestro siglo XXIII, al siglo X o a la Era antes de Cristo… o a un futuro de miles y miles de años, allá por el siglo C o el siglo M?

—¡Dios mío! Mi cabeza da vueltas —gimió Zanak.

—Y la mía —sonrió Alan—. Estamos metidos en algo increíble, fabuloso. La mayor aventura jamás emprendida por un hombre. Al lado de esto, la conquista de la Luna, los viajes a Marte, Venus y hasta la aún cercana expedición a Júpiter, palidecen. No son nada…

—¡Mira! —La mano trémula de Madyr señaló hacia la pantalla —. ¡Mira eso, Korvin!

Alan miró. Los cabellos se le erizaron, bajo la escafandra.

¡EL INDICADOR ALCANZABA YA EL MILLÓN DE KILÓMETROS POR SEGUNDO!

—¡Dios mío! —Se oprimió la cabeza encerrada en la materia plástica, entre sus manos enguantadas—. Es… es aterrador. Un millón de kilómetros al segundo… En sólo cien segundos… habremos dejado atrás el espacio interplanetario, para penetrar en las negruras absolutas, más allá de Saturno y Plutón, más allá de todo lo previsto y conocido por el hombre…

—Y… ¿después?

Alan se estremeció. La pregunta formulada por Zanak era mucho más escalofriante de lo que su propio formulador suponía. ¿Y después…?

—Después… sólo Dios, en cuyas manos estamos, puede prever lo que ocurrirá. Nosotros, Zanak, somos muy poca cosa para imaginarlo siquiera…

Hubo un silencio. Un contador magnético iba señalando, implacable, los segundos. Las líneas de luz entrecruzadas, como dementes estrías multicolores y centelleantes sobre la pantalla visora, aumentaban de velocidad y de número.

—¿Cómo podemos viajar a esa velocidad… y que siga todo igual aquí dentro?

Alan hubiera deseado contestar a eso. Pero desde que se rebasó la velocidad lumínica era evidente que la Ciencia terrestre se declaró impotente para mantener contacto con ellos. Ya no le llegaban mensajes de Wilhem. ¿Cómo iba a llegar el sonido, a donde ni siquiera la luz podía llegar?

—No soy un científico, ni siquiera un hombre entendido en Astronáutica, Espaciografía ni nada de eso… —musitó, pensativo, con el rostro inescrutable bajo la escafandra violácea—. Pero tengo una ligera idea de lo que ocurre.

—Por favor, Korvin, explícanoslo entonces —suplicó Zanak—. Esta ignorancia aterra.

—También a mí me aterra, porque soy tan ignorante como vosotros en la materia. No soy, precisamente, el hombre destinado a figurar como héroe interplanetario ni nada de eso. Os he dicho que tengo una ligera idea. Y es ésta: En realidad, nosotros ya no nos hallamos como realmente nos estamos viendo, ni el proyectil conserva su forma primitiva. La distensión Tiempo-Espacio-Luz tiene que haberse producido, y nuestra deformación con ella. Pero el interior del «Superlight» fue diseñado, acondicionado y dispuesto para resistir ese impacto colosal, para mantenerse como un refugio, un último reducto sometido a las leyes físicas terrestres, mantenidas sin duda artificialmente, mientras funcione la energía de a bordo, cuya naturaleza y fuerza ignoro. Pero llegará el momento en que nuestra propia velocidad superfísica rompa ese equilibrio artificial, y nos desintegremos totalmente o nos deformemos hasta límites monstruosos… o, simplemente, sigamos siendo, pero dejando de existir en nuestra forma, de vida, de dimensión y de naturaleza.

—No… no comprendo… —jadeó Madyr.

—Mejor. —Alan sintió temblar sus manos bajo los guantes—. Es mucho mejor así.

—¡Oh, Dios! ¿No hubiera sido mejor morir como Urko? —estalló Zanak.

—Tal vez. Nosotros elegimos esto. No debemos quejarnos. De momento, vivimos… y estamos entre las estrellas, en mundos donde posiblemente jamás vuelva a llegar hombre alguno. Porque Wilhem tenía razón. No podemos volver. A ninguna parte… ¡«jamás»!

Reinó un silencio. En la cámara aislada, en aquel hexágono que hendía el espacio rompiendo todas las leyes físicas, hecho luz él mismo por su velocidad alucinante, los tres oscuros e ignorados héroes del Cosmos siguieron callados, pensando en la grandiosidad aterradora de su aventura y de su propio fin inevitable.

El indicador de velocidad seguía rebasando distancias. Un millón trescientos mil kilómetros por segundo…, un millón quinientos mil…, un millón ochocientos mil… ¡Dos millones al segundo!

Bajo la escafandra, el sudor empapaba el rostro crispado, pétreo, del rubio Alan Korvin. Trató de girar el asiento y lo logró. Se inclinó sobre el tablero de instrumentos de control remoto. Había un mapa celeste amplísimo, que abarcaba hasta las Galaxias Magallánicas, la de Andrómeda, y otras más distantes, recientemente localizadas por los grandes radiotelescopios, a millones de
años-luz

.

Alan hizo encender la pantalla-mapa, y movió unas teclas con cifra, siguiendo un sencillo sistema de cálculo. Sobre la pantalla se encendió un punto de luz súbitamente. Una luz violácea, en movimiento.

Retrocedió con un escalofrío. ¡Aquel punto de luz eran ellos! Y sobre la carta celeste iba señalando, implacable, la ruta misma que ellos seguían en aquel momento…

—¡Dios mío! —jadeó—. Debimos permanecer algún tiempo inconscientes, cuando el proyectil partió. ¡Llevamos horas enteras viajando por el espacio…! ¡Y hemos abandonado ya nuestra Galaxia! La Vía Láctea, con sus millones de astros, queda atrás… hemos llegado a lo desconocido… ¡rumbo a Andrómeda!

Aun en su ignorancia, tanto Zanak como Madyr sintieron el terror de aquella noticia hasta lo más hondo de su ser. Ellos también pudieron mirar el mapa celeste y comprender lo que era el punto de luz, y la distancia que marcaba de la azul esfera terrestre, allá, en la lejanía…

Pero aun en el estupor mudo que siguió al descubrimiento, mientras Alan leía la cifra asombrosa de miles de millones de kilómetros que distaban del mundo habitado de donde procedían, fue Zanak el que tuvo serenidad y agudeza para descubrir lo inusitado.

—¡Mira! —exclamó de pronto, con voz quebrada—. ¿Qué significa «eso»?

«Eso» atrajo en el acto la atención del sorprendido Alan.

El punto de luz violácea marcado sobre la luminosa carta celeste, en cuyo tablero de cristal negro se marcaban, centelleantes, planetas, estrellas, galaxias y nebulosas, llevaba un rumbo fijo hasta entonces, sin duda el primitivamente impulsado por los reactores que le proyectaron al espacio, desde la gran nave subterránea de Nueva Metrópolis.

De pronto, ese rumbo cambió.

Se advirtió claramente un quiebro seco, brusco, de cientos de miles de kilómetros sin duda, dada la velocidad a que se movían, y el punto luminoso en movimiento siguió otra ruta sobre el tablero.

Alan lanzó una exclamación de asombro. Eso, en buena lógica, no era posible. Su propia velocidad les hacía autónomos, sin sometimiento a atracciones de gravedad alguna.

Un ligero desvío era probable, una suave curva en la trayectoria, también cabía. Pero un giro tan violento, tan radical…, ¿qué explicación podía tener científicamente?

—Parece…, parece como si nos dirigiésemos a la gran mancha espiral situada al sur de la Nebulosa de Andrómeda, en vez de ir hacia la Nebulosa misma —apuntó Madyr, vacilante.

—Es verdad. —Alan enarcó las cejas—. Pero ¿por qué?

—¡Mira! —aulló Zanak de nuevo, ahora girando su asiento en redondo, y señalando hacia la pantalla visora—. ¡Se ve algo…! ¡Hay algo en la pantalla!

Alan Korvin giró la cabeza, con brusquedad. Su mirada estupefacta se clavó en el metálico rectángulo de proyección exterior.

—Es… es, efectivamente, la mancha espiral situada debajo de Andrómeda, hacia el sur… —jadeó Korvin—. Cubre casi toda la pantalla. ¡Y vamos hacia ella!

—No sé por qué tengo más miedo que nunca… —gimió Madyr, tembloroso.

Alan no respondió. Empezaba a sentir miedo también. El profundo, desconcertante miedo a lo desconocido. Muchas cosas inexplicables empezaban a suceder en el «Superlight». Si antes no había surgido, Andrómeda, con su colosal espiral luminosa, en la

pantalla, ¿por qué había de surgir precisamente la más pequeña, la mancha de luz situada por debajo de Andrómeda misma, y que los astrónomos calificaban de Nube Magallánica, similar a las de nuestra propia Galaxia?

Su tamaño crecía por momentos, como una colosal boca luminescente, esplendorosa, que fuera a engullirles. Sus oídos, sordos a todo ruido que no fuesen sus propias voces, captaron de pronto algo…

—¡Esperad! —dijo a sus compañeros, con un vivo gesto—. Estoy escuchando algo…

Era como un silbido… como un trino musical extraño, tal vez… Llegaba remoto, distante. Y crecía. Crecía suavemente, elevando su tono en los tímpanos de Alan, sin llegar a dañarlos.

Súbitamente, el trino sufrió una rara modulación. Su sonido musical, como de miles de violines pulsados en el espacio por músicos celestiales, tomó extraños altibajos… produjo la sensación de sonidos concretos… de palabras.

—«Bienvenido a Estelaria, Alan Korvin…».

Fue como un mazazo brutal, un impacto alucinante, sacudiendo todas las fibras de su ser. Y la voz melodiosa, la música vibrátil, que producía sonidos, repitió increíblemente en sus oídos la fabulosa, inverosímil frase de recepción:

—«Bienvenido a Estelaria, Alan Korvin… Te estábamos esperando…».

Tercera Parte

«Estelaria»

CAPÍTULO PRIMERO



omo trasladado por una onda magnética, igual que si un colosal, ciclópeo imán, atrajese hacia sí a la nave del espacio, al proyectil que desafiara a la luz en su prodigioso viaje, el «Superlight» volaba vertiginoso, alucinante, invisible al ojo de cualquier ser humano, incluso invisible a cualquiera que viajase a la velocidad misma de la luz, hacia la espiral enigmática situada en las vecindades estelares de Andrómeda…

La velocidad de marcha del vehículo de los cielos subió, creció a límites inauditos, que sin duda Wilhem jamás había sospechado. Que nadie pudo nunca imaginarse…

Un zumbido sordo, estremecedor, obsesionante, pareció penetrar, adueñarse, ser dueño total de sus tímpanos. Los tres viajeros, ensordecidos, aturdidos, sacudidos de pies a cabeza por la vibración sonora que parecía abotargar sus sentidos, se encogieron, incapaces de pensar, de accionar en sentido alguno.

Alan Korvin, el más sorprendido de todos, porque él era el único en saber la asombrosa e inaudita verdad que aún le parecía imposible de todo punto: que allá, en los lejanos, inaccesibles espacios del Cosmos, fuera esperado él, Alan Korvin, por alguien que hablaba su lengua.

Pero no tuvo tiempo de reflexionar sobre ello. Sintió que el sonido aquél le penetraba hasta lo más profundo. Neutralizó sus ideas, sus interrogantes, sus reacciones anímicas más primarias…

Y como inundados por aquel sonido, los tres hombres se derrumbaron en sus asientos, incapaces de moverse, de rebelarse, de luchar…

Una extraña y pegajosa inconsciencia se apoderó de ellos…

No sintieron absolutamente nada, mientras en la pantalla televisora del «Superlight», la imagen luminosa de la espiral vecina a Andrómeda, crecía, crecía y crecía…

* * *

La imagen luminosa tomó una forma extraña ante los ojos enturbiados de Alan.

Fue como si se distendiera, luego se alargase, se encogiera de nuevo… y tomase la forma rara de una larga melena plateada, de un bronceado rostro humano…

—«Bienvenido a Estelaria, Korvin… Te estábamos esperando…».

La voz era la misma. Musical, melodiosa, dulcísima, argentina… ¿Dónde había oído él antes aquella voz?

Parpadeó. Vio un techo de suavísimo color cobre, casi rojizo. No, aquél no era el interior del «Superlight»… Era el cielo… Un cielo rojo, extraño, contra el que se recortaba un rostro… ¡Un rostro de mujer!

Se irguió. O trató de erguirse. Algo, unas bandas metálicas o ligaduras impidieron que lo hiciese. Fue su propio estupor ante el rostro de mujer que ahora se destacaba en las brumas, que tomaba forma, cuerpo, realidad tangible, corpórea…

—¡Usted! —Su voz le llegó remota, pastosa e irreconocible al mover los labios—. ¡Es usted…! ¡Oh, no, no puede ser! ¿Es que he vuelto, a la Tierra, y precisamente a su lado?

—¿La Tierra? —La voz musical sonó de nuevo. Y luego una risa;

una risa larga, armoniosa—. Oh, no… Nada de eso, Alan Korvin. No estás en la Tierra. Distas mucho de ella. En el concepto de los hombres, ni siquiera existes aún… Has saltado sobre el tiempo… ¿no le llamáis así a lo que no tiene medida y vosotros habéis pretendido medir?

Alan Korvin no comprendía. Miraba, perplejo, a la criatura de pelo de plata, ojos dorados… ¡Ojos dorados, sí!… y dulcísima, hermosa faz broncínea. Estaba inclinada sobre él. Un cielo rojizo cubría a ambos. Parecía también haber vegetación en torno. Pero vegetación azul, fulgurante, como el sueño imposible de un pintor loco…

—El tiempo…, la luz… —Alan repitió esos conceptos con voz débil—. Hemos vencido, sí… a los dos…

—Habéis vencido. Saltasteis la barrera que los humanos no pudieron jamás franquear —asintió ella, tras un silencio. Sonreía con la boca roja, carnosa. La misma que lanzó contra él la calumnia, la mentira de una acusación inicua—. Y estáis aquí, en Estelaria, bajo la luz de la Gran Andrómeda, como vosotros la llamáis. Korvin, ¿sabes cuánto te separa de tu gente, de tu mundo, de tu época? Exactamente dos millones de años-luz…

Aquello era imposible. Recordó que La luz había quedado muy atrás en la carrera, pero ¡dos millones de años-luz! No, no era posible eso… Ella pareció leer su pensamiento, porque añadió:

—No dudes. Alan Korvin. Son dos millones de años-luz. No has viajado dos millones de años a la velocidad de la luz. Pero rebasado el límite de la luz, todo es posible ya. La velocidad crece, crece y crece, dejáis de ser físicamente reales, para convertiros en una ráfaga luminosa increíble, que nada ni nadie sería capaz de ver. El tiempo no existe tras esa barrera. El hoy, el mañana, el ayer, todo se confunde… ¿y entonces, qué más da un segundo, un minuto o un siglo? Son medidas vuestras, no nuestras ni de la Creación. El Cosmos no tiene años, kilómetros ni distancias. No tiene tiempo ni espacio, porque es tiempo y espacio a la vez, que en realidad nada

son…

—¿Quién…, quién eres tú, que tanto sabes? —jadeó Alan, estremecido.

—La que tú sabes. Aura. Aura, la mujer que te acusó en la Tierra. Para mí, para nosotros todos, los de este mundo, los de esta Galaxia remota, la distancia nada significa. Aprendimos ese gran secreto que tú has conocido ahora, hace muchos años. Y muchos años hace también que os visitamos, que planeamos sobre vuestro mundo, sin que lo supierais. Sí, habéis sospechado a lo largo de los siglos. ¡Platillos Volantes! ¿No llamabais así a las plataformas transparentes y luminosas en que os visitaba mi gente de Estelaria, el Gran planeta habitado de la Andrómeda, como vosotros llamáis a la Galaxia Espiral?

Alan entornó los ojos. No, no podía ser. Estaba soñando. Era una pesadilla absurda. Respirar, como en la Tierra. Oír el lenguaje de la Tierra, en labios de una mujer hermosa y extraña, que decía proceder de una distancia de dos millones de

años-luz

… ¿quién podía creer tal cúmulo de absurdos, de disparates juntos?

Una luz fulgurante, cegadora, comenzaba a convertir en vivo escarlata el cielo color cobre. El azul de los vegetales cobró una tonalidad fabulosa, jamás vista. Parpadeó, aturdido por aquel contraste de colores desconocidos.

—Todo es diferente en Estelaria —sonrió ella de nuevo—. Nuestro rojo cielo, al reflejar el color del mundo en que vivimos, toma esos colores. Ahora crece la luz porque surgen nuestros soles. No tenemos uno, como vosotros, sino seis. Seis soles, terrestre…, y cualquiera de ellos, cien veces mayor y más brillante que el vuestro…

Debía de ser verdad, porque un arco de cárdenos y fulgurantes astros brotó en el horizonte, sobre la vegetación. Y, cosa extraña, los dos soles centrales de aquel arco luminoso increíble, eran azules, fríos y cegadores de luz…

—No podemos seguir hablando —dijo ella, con su armoniosa voz—. Ha amanecido, y la Gran Directora nos espera… Yo, Aura, sólo soy una simple embajadora en la Tierra, cuya misión era ésta. Traerte a ti a Estelaria, Alan Korvin… Vamos ya.

Tras ese último enigma sin aclarar, que la mente confusa del

inmóvil Alan pretendía en vano resolver por pura lógica —aunque maldito si la lógica significaba ya algo, en aquella aventura portentosa, infraterrenal— ella se incorporó. Alan observó que la figura de la hermosísima dama plateada, iba lo que en la Tierra hubieran dicho sin un trapo. Eva, en el Paraíso, no fue mucho menos vestida. Su cuerpo, broncíneo y escultural, era sencillamente eso: una escultura viva, una estatua de carne, moviéndose con la sencillez de una ninfa fabulosa, en los bosques azules de aquella ideal, maravillosa tierra de Estelaria…

Hizo un gesto a algo o alguien. Sintióse transportado en el vacío, trasladado tal y como estaba, hacia alguna parte… No supo si un vehículo, una magia extraña o una energía desconocida en la Tierra, era lo que le movía a través del espacio, bajo aquel inverosímil cielo rojo salpicado de soles cárdenos y azules de vivísima luz fría.

Lo cierto es que viajó, igual que si le deslizaran sobre raíles. Cerró los ojos.

Cuando los abrió otra vez, fue al sentir una total inmovilidad. Sobre él, ya no estaba el cielo escarlata, sino una bóveda altísima, centelleante, de un plata tan vívido que casi cegaba con sus fulgores y reflejos.

Notó que algo de lo que presionaba su pecho piernas cedía, con un latigueo suave. Trató de incorporarse. Y lo logró. Observó que la plataforma de apariencia metálica, en la que había permanecido tendido hasta entonces, y sobre la cual reposaban unas bandas de metal, vibrátiles y como dotadas de vida propia, se alejaba vertiginosamente, flotando a alguna distancia del suelo terso, bruñido, igualmente plateado, en el que acababa de poner sus pies.

La sala era enorme, vastísima, de dimensiones realmente colosales. La plataforma metálica desapareció en un corredor remoto. Y él, al volverse, se halló ante un trono altísimo, al que se subía por una escalinata de casi cien peldaños, de dimensiones igualmente ciclópeas.

Era como un pigmeo perdido en una habitación de gigantes, a pesar de que el trono colosal poseía un asiento normal, sobre el que estaba sentada una mujer tan vestida como la propia Aura. Su piel broncínea, brillaba a la luz plateada, en una desnudez totalmente pura, espiritual…

—Se bienvenido a Estelaria, hombre de la Tierra saludó la voz,

esparciéndose en musicales trinos por la sala, rebotando como notas de plata en cada ángulo o bóveda del enorme salón. —Aura, mi enviada especial a vuestro mundo, dijo que vendría un hombre físicamente perfecto, inteligente y fuerte, capaz de llevar a nuestro pueblo a su destino. Tal y como reza la antigua profecía.

Alan Korvin seguía subiendo, subiendo tramo a tramo, peldaño a peldaño. Su figura, empequeñecida por la grandiosidad del escenario, se irguió, pese a ello, altiva y firme a mitad de la ingente escalera.

—¿Quién eres, mujer? —preguntó con voz potente, repetida por los ecos melódicos, vibrátiles y dulces.

—La Gran Directora de Estelaria, la designada para regir los destinos de mi pueblo, de mi raza y de mi mundo —contestó ella.

—Pero… ¡si es imposible! Ese lenguaje… ese aspecto físico de seres terrestres… a millones de
años-luz
… ¡Mi propio nombre en vuestros labios! Explícame todo eso, y me convenceré de que no sueño, y vivo despierto esta locura…

—Es fácil, extranjero —dijo la mujer del trono colosal—. Hace tiempo… ¿no lo decís vosotros así?… Hace tiempo, como digo, que vigilamos, que escrutamos vuestro planeta, porque el medio de saltar las distancias, la luz misma, el concepto de espacio-tiempo no es secreto en Estelaria desde hace miles de años. Os observamos, interceptamos vuestras emisiones radiadas y televisadas…, estudiamos vuestra vida y costumbres. Lo que llamasteis durante siglos enteros «platillos volantes» inexistentes, o producto de la imaginación, eran reales. Eran nuestras naves del espacio, sobrevolando la superficie terrestre, aprendiendo vuestros idiomas, obteniendo imágenes vuestras, foto-mapas de vuestras mentes… todo, en fin, lo que nos ayudase a combatir nuestra débil naturaleza física, en período de decadencia, cercana ya a la total extinción.

»Nuestros antepasados poseían la virtud de ser polimorfos, capaces de adoptar la forma física deseada, de variar su naturaleza y tejidos a su antojo. Imitaron primero a seres más débiles de la Creación, cuyo proceso decadente era habitualmente rápido y decepcionante. Entonces, nuestros jefes resolvieron seguir vuestro ejemplo, adoptar la forma y físico de los terrestres. Se hizo así. Seguimos, a través del tiempo, satisfechos de haber adoptado la

forma física más fuerte y completa de todas.

—Aura estuvo en la Tierra, enviada por ti, entonces…

—Eso es. Regresó, cumplida su misión.

—¿Cuál era su misión?

—Conseguir que un terrestre joven, fuerte, guapo e inteligente, llegase a Estelaria. Pensamos primero en el secuestro. Pero eso tenía sus peligros, porque sabíamos que el hombre trabajaba ya en la construcción de una máquina superlumínica. Era mejor ir con astucia. Nuestros observadores de los «platillos» captaron informes secretos. Se quería destinar como tripulación a condenados a muerte. Sabíamos que un hombre acusado de un crimen, era siempre condenado a morir. Bastaba elegir al hombre, y el momento. Fuiste escogido tú, aquél a quien más conocíamos, a través de las pantallas reproductoras de tu imagen y de los aparatos de sonido que difundían tu voz, Korvin. Aura, mi emisaria, cuidó de provocar tus nervios, de arrastrarte al terreno de las sospechas. Tu mujer era tu punto débil. Te atacó en él. Te cargó de culpas… ¿Sabes que tenemos la cualidad de poder cambiar el color de nuestros ojos a placer…? Y cuando te tuvo condenado irremisiblemente, supo que serías uno de los viajeros. Ya era cuestión suya que la expedición no fracasara, que no sufrieses daño alguno. Te vigiló siempre de cerca. Cuidó de que vuestro ingenio siguiera su curso, atenta al menor fallo. Es cierto que tu mujer vio una forma circular y brillante sobre las campanas de flores. Era el «platillo» especial de Aura. Transparente, planeando sobre los rosales, una de cuyas campanas rompió, y donde se hirió tu mujer, terrestre. Tuvo que reponer ese vidrio rápidamente, para evitar que encontraras excusa a la presencia de la sangre en tu casa…

—¿Y ella… ella mató a mi mujer? —gritó Alan, descompuesto.

—No, terrestre. Nosotras nunca matamos. ¡Nunca! Nos hemos limitado a secuestrar a tu mujer… ¡Y ahí la tienes!

Señaló la mujer del trono hacia abajo. Alan giró en redondo, a mitad de la gran escalera. Juró, asombrado…

¡Marga, a quien jamás esperó volver a ver, aparecía ahora en la sala de plata, conducida por dos mujeres de pelo plateado y estatuarios cuerpos de piel bronceada, llena de vida y de sorpresa, lo mismo que él!

—¡Alan, Alan, querido…! —gimió, lanzándose escaleras arriba

como desesperada, en busca suya—. ¡Has venido! ¡Has venido a por mí a este horrible y lejano mundo…!

Alan se precipitó a su encuentro. Después de todo, era su mujer. La había dado por muerta. Y allí estaba, como él… a dos millones de años-luz de la Tierra…

—¡Marga! —musitó, al acogerla entre sus brazos, sacudida por los sollozos—. No ocurre nada, querida…, volveremos a nuestro mundo, ya lo verás…

La dejó llorar amargamente sobre su tórax, estrechándola entre sus brazos. Sin soltarla, se volvió hacia la Gran Directora y preguntó, con violencia:

—¿Qué os proponéis hacer? Si todo lo que has referido es cierto, mujer…, ¿por qué lo hiciste? ¿De qué puedo serviros yo en este mundo, tan diferente al mío, a pesar de que tengáis mí misma forma física, mi idioma e incluso respiréis mi aire?

—Tu aire, sólo en apariencia. Solamente en nuestras zonas, dotadas de atmósfera artificial, elaborada por grandes generadores de oxígeno, es posible que respires. Fuera de Argenta, capital de Estelaria, el aire es nocivo, cargado de gases tóxicos, y sometido a temperaturas tan frías como jamás soñasteis los hombres de la Tierra —la voz de la mujer iba refiriendo los secretos de aquel orbe increíble, con su eterna voz melodiosa, de arpegios vibrantes y dulces—. El que nosotras adoptáramos vuestras costumbres, usos y condiciones físicas, no significa que todos los habitantes de Estelaria lo hicieran.

—¿Hay otros habitantes aquí, que no sean mujeres de pelo plateado? —se burló Alan.

—Sí, terrestre…, —la Gran Directora se irguió, lanzándole la revelación final como un golpe de dramático efecto que sacudió a Korvin igual que un mazazo brutal—: ¡Si te hemos secuestrado a través de dos millones de años-luz de distancia ha sido por dos cosas! ¡Para que te conviertas en mi esposo…, y para que seas mi caudillo en la guerra mortal contra nuestro enemigo, el Pueblo de las Tinieblas Heladas!

CAPÍTULO II

lan, qué es lo que ha dicho esa mujer? ¡No puedes casarte, viviendo yo! ¡Aunque estemos en un mundo lejano, diferente al nuestro! ¡No puedes hacerlo, Alan querido!

—Vamos, Marga, serénate. Ten calma. Nadie ha dicho que vaya a casarme con esa Directora, o lo que sea… Ya ves que dispongo de tiempo para pensarlo, para tomar una decisión. Después de mi negativa inmediata, han resuelto que ocupemos esta sala, a modo de prisión, hasta adoptar una determinación final.

Desesperada, Marga se aferró a Alan, cayendo de rodillas a sus pies, sobre la esponjosa superficie blanda del suelo.

—¡Yo sé que me matarán! ¡Me asesinarán para que puedas ser libre y casarte, si tú dices que yo soy el obstáculo! —vaciló un momento, como acometida por una idea súbita. Sus ojos brillaron —. Alan, una idea…

—¿Qué se te ha ocurrido ahora?

—Di que sí. Cásate, aunque no sea legal para ti…

—¿Eh? ¿Te has vuelto loca?

—Acepta esa boda a condición de que respeten mi vida y me devuelvan a la Tierra. No te serviré de estorbo, te lo prometo. No diré nada de esto a nadie… Así, los dos salvaremos nuestras vidas, cariño…

Korvin la miró con infinito desprecio. Se apartó de ella con un brusco movimiento; en largas zancadas se acercó a la galería recubierta de una campana de materia transparente, vidriosa pero totalmente flexible e irrompible, asomándose al mundo increíblemente hermoso, azul y rojo, de Estelaria.

—Siempre serás ruin y despreciable, Marga —la espetó por encima del hombro—. Me das náuseas… Sacrificas todo, incluso tu honor y dignidad de mujer, a cambio de conservar la vida.

—¡La vida es lo que más valor posee! —gimió ella, patética.

—Para ti, desde luego. ¡Y pensar que fui condenado a muerte por creer la gente que te había asesinado! No mereces nada. Mucho menos, la vida de un hombre. Eres egoísta, miedosa y torpe… La que es como tú, no cambia en parte alguna. Si al principio me alegré sinceramente de verte, porque ello significaba tu retorno a la vida, cuando ya te suponía muerta, lo cierto es que debiste morir entonces, Marga…

—¡Alan! —retrocedió, impresionada por su crudeza.

—Te duele, ¿verdad? Pues soy sincero. Me asqueas. Nunca me amaste, ni me amas ahora. Simplemente, al verme te has sentido protegida, a salvo. La prueba de que no eres capaz de amar, es que prefieres irte, no volver a verme… ¡pero vivir! Vivir a toda costa…

—¿Y tú? ¿Es que no vas a aceptar esa oferta antes de ser sacrificado? ¿No te casarás con esa diosa sin ropas, hermosa y llena de poder en este mundo?

—Un hombre digno, Marga, sólo se casa con aquélla a quien ama.

—Muy bellas palabras —se burló ella—. ¿Tal vez me amas a mí?

—Te amé en un tiempo. O creí amarte, no sé. Pero mientras vivas, Marga, aunque me repugnes y te aborrezca de todo corazón, seré fiel a mi deber, a mi promesa matrimonial. Velaré por ti. ¡Y si en mi mano está, te devolveré a la vida, a la Tierra… aunque muera yo en la empresa!

Después de estas palabras, se encaminó a una puerta cercana. La dorada jaula, la prisión hermosa y confortable donde los había encerrado la Gran Directora, constaba no de una, sino de tres estancias igualmente lujosas, de un exótico, fabuloso confort. Alan dejó sola a Marga en la estancia donde acababan de sostener la violenta escena, y se adentró en su propio alojamiento.

Más reducido, pero igualmente suntuoso y cómodo hasta la más exuberante de las fantasías.

—No lo lograrás, Korvin —dijo una voz cuando él entró.

Pegó un respingo, mirando hacia la persona tranquilamente tendida sobre su propia litera esponjosa, muelle, de brillantes dorados e intensos verdes.

La figura escultural de Aura le recibía allí, indolente. Sin malicia en la postura, sin tentación en los ojos. Pero hermosísima, subyugante.

—¡Tú! —Alan respiró con fuerza, clavando sus ojos en las doradas pupilas de ella—. Eres Aura, ¿verdad?

—Sí. Todas nos parecemos extraordinariamente en Estelaria, Korvin, hasta el punto de ser iguales. ¿En qué me reconoces?

—Esos ojos no les olvidaré mientras viva. Ni esa expresión, Aura. Hay cosas, que hacen reconocer a una persona entre mil idénticas. No preguntes el qué, porque uno no lo sabe. Pero es así.

—Mucho debes odiarme, ¿verdad?

—Sí, mucho. Tú eres la culpable de todo. Tú me has traído aquí… ¿A qué te referías antes, al decir que no lo lograría?

—Escapar. No podrás huir de Estelaria. Vuestra nave se destruyó aquí. ¿Cómo esperas regresar a tu mundo?

—Están vuestros «platillos volantes». Igual que fuiste tú a la Tierra, puedo ir yo.

—¿Te has vuelto loco? —Ella se irguió, escandalizada—. Nadie puede robar un «platillo volante», como tú dices. Ni siquiera tú, Alan Korvin…

—Ya lo veremos. —Alan apretó sus mandíbulas rabiosamente—. ¿Por qué quiere vuestra reina que me case con ella? ¿No le basta con haberme secuestrado y tenerme en su poder?

Ella negó:

—No, no es bastante. Si no te casas, jamás se cumplirá la profecía.

—¿Qué profecía? Es la segunda vez que oigo nombrar esa profecía.

—La del Libro del Destino de Estelaria. Allí está escrito, en sus páginas de oro, y ante la Llama Eterna del Templo de los Astros, la profecía que anuncia a nuestro pueblo su liberación final del Príncipe Negro de las Tinieblas Heladas.

—¿El Príncipe Negro de las Tinieblas Heladas? ¿Qué cuentos son ésos, Aura?

—No es ningún cuento, Korvin —los ojos dorados brillaban, excitados—. Cuando bajé a la Tierra, fue en busca «del hombre del lejano mundo de tierra y agua, que un día, amando y desposando a una hermosa entre las hermosas de Estelaria, será capaz de aniquilar al Príncipe Negro de las Tinieblas Heladas». Así reza la profecía. Y añade que ese hombre lejano es joven, hermoso, de pelo rubio y cuerpo de Apolo. Tú, en fin, Alan Korvin…

—¿Y la hermosa entre las hermosas… ella? —señaló, indicando a la Directora.

—Sí. Es nuestra dueña, rige nuestros destinos. A ella, pues, se refiere la profecía.

—Tú eres más hermosa —dijo de pronto Alan, mirándola fijamente.

Aura enrojeció bajo su piel bronceada y tersa. En eso, también imitaban bien a los terrestres, pensó Alan.

—Eres muy amable, Korvin —suspiró Aura. Y sonrió dulcísima —. ¿Ya no me odias?

—No sé —se encogió de hombros—. Me desconciertas, Aura. ¿Quién es ese Príncipe Negro?

—Dios mío, no podría decírtelo —se estremeció—. Jamás le vi ante mí. Pero todo el que llegó a verle, no volvió jamás para contar cómo era. El pueblo de las Tinieblas Heladas no es como el nuestro. Pertenece a una raza primaria y terrible de nuestro mundo. No han evolucionado, no han imitado a ser viviente alguno. Estelaria, en su zona remota, es todo oscuridad, frío y hielo. Allí nunca alumbran los soles, que giran en una elipse extraña, dejando aquello en negruras eternas y glaciales. Un pueblo primitivo, cruel y terrible vive allí, agazapado. Es inteligente y feroz. El día que caigan sobre nosotros, nos aniquilarán, y destruirán la civilización y la vida. Es todo lo que desea su supremo amo y señor, el Príncipe Negro…, que

nadie sabe cómo es ni qué forma adoptará.

—¿Y para combatir a ese ente terrorífico he sido yo secuestrado a través de distancias inauditas?

—Sí. Y por eso secuestré yo a tu mujer, dejándola inconsciente con música adormecedora. Me la llevé en mi platillo y regresé para acusarte.

—¿Y si me hubiera decidido por la ejecución?

—Yo esperaba en el Foso de la Muerte. Te hubiera salvado igualmente.

—¿Trayéndome aquí, de todos modos?

—Eso es —sonrió Aura, burlona.

—¿Y mis dos compañeros, Zanak y Madyr?

—Oh, ésos no nos hacen falta. Están, como tú ahora, ocupando celdas cómodas y confortables, bien diferentes de la Tierra. Parecen gustarle las mujeres de mi mundo, y dicen que se quedarán para siempre aquí, sea esto lo que sea.

—Mujeres… —Alan frunció el ceño—. Sólo he visto mujeres hasta ahora, Aura. ¿No hay hombres en Estelaria?

—Sí los hay. Nuestros hijos nacen igual que los vuestros. La Ley de vida es la misma, copiada de vosotros, los humanos.

—Ya. ¿Y tú… estás casada? Quiero decir… ¿hay algún hombre unido a ti?

Ella sonrió, moviendo negativamente la cabeza de plateada melena.

—No —dijo lentamente—. No lo hubo nunca… ¿Por qué lo preguntas?

—No lo sé —se encogió de hombros—. Debe ser curiosidad, imagino… Curiosidad de hombre a quien se le quiere casar a la fuerza con una mujer que no le gusta.

—Nuestra Directora es hermosa.

—Pero no siento cariño hacia ella. Quiero volver a mi mundo, vivir mi propia vida.

—¿Con… Marga?

—¿Por qué no? Es mi mujer. Uní mi vida a la suya.

—Es una mala mujer, Korvin. Yo lo sé.

—Buena o mala, es mi mujer. Si vuelvo alguna vez, quiero volver con ella. Y no me casaré con nadie de Estelaria.

Los dorados ojos de Aura se nublaron por un momento. Apretó

sus rojos labios carnosos y le miró intensamente.

—No, Korvin. No hagas eso. Te ruego que no des esa respuesta nunca…

—¿Por qué no? ¿Qué puede ocurrirme?

—La… la profecía dice… que si el hombre llegado de lejos no acepta su destino, solamente pereciendo en la Llama Eterna del Templo de los Astros podrá ser útil a Estelaria y su futuro…

Dicho esto, y mientras Alan digería bien su siniestro significado, Aura se incorporó graciosamente y su cuerpo bronceado, cuyos redondos hombros golpeaban la melena argentina, desapareció tras los cortinajes de la puerta de salida.

CAPÍTULO III



hora, ¿has meditado bien tu respuesta, terrestre?

Un silencio pavoroso se hizo en la sala inmensa, de los cien escalones y del trono perdido en la altura. Miles de mujeres de pelo plateado y piel de bronce, aparecían alineadas en torno a la colosal escalinata.

No había hombres a su alrededor. Al parecer, la misión de éstos era la de simples esclavos y proporcionar hijos a las rubias beldades de Estelaria. Como en las legendarias amazonas de la Tierra.

Alan asintió con su firme y hermosa cabeza de titán rubio, apretando contra si a Marga, estremecida y pálida en aquel momento cumbre.

—Sí, señora —dijo roncamente—. Tengo esposa. A ella me debo mientras viva. Y a ella seguiré debiéndome, si le hacéis algún daño. No me casaré contigo. No te amo, y no acepto esa boda. Haz lo que quieras conmigo…

La Gran Directora se irguió. Colérica, clavó sus ojos de oro en Alan. Despacio, preguntó, con voz trémula:

—¿No te vuelves atrás? ¿Es… tu definitiva decisión, Alan Korvin?

—Mi definitiva decisión. Soy libre. Quiero seguir siendo libre, hasta morir.

—¡Pues vas a morir! —el grito delirante brotó impetuoso de la garganta de la mujer que regía los destinos de aquel mundo—. ¡A morir como señalan los libros proféticos, para que tu fin sirva, al menos, de salvación a mi pueblo! ¡Hoy, cuando los seis soles se oculten, serás llevado al Templo de los Astros… y empujado a su Llama Eterna!

—¿Y Marga, mi mujer? —preguntó, tenso, Korvin, viéndose sentenciado a muerte por segunda vez en su vida.

—Nunca será devuelta a la Tierra, vivas tú o mueras. Se quedará aquí para siempre. Hasta el fin de sus días…

Marga profirió un grito terrible de angustia. Alan Korvin, entonces, entró en acción.

La tomó de una mano y se lanzó vertiginosamente escaleras abajo hacia las hileras de mujeres. Varias de éstas, como soldados bien disciplinados, avanzaron hacia él, a un grito autoritario y firme de la Directora.

Alan se enfrentó con ellas, con la furia y la potencia de un ciclope, de un nuevo y fabuloso Hércules, frente a las terribles amazonas.

Sus puños violentos, demoledores, salieron disparados contra las mandíbulas y estómagos de las hermosas mujeres, iguales entre sí. Cayeron ellas en racimo, como barridas por un huracán devastador.

Varias lograron aferrarle por los musculosos brazos, mientras otras tres o cuatro sujetaban a Marga, en inútil pugna con todas ellas.

Korvin se sacudió titánicamente, proyectándolas estrepitosamente contra las demás, y se vio libre. Una, más fuerte, le atenazó con vigor por la cintura. Alan la dobló de un impacto brutal en el vientre y se libertó. Se abalanzó sobre las que retenían a Marga, y las dispersó a puñetazos, barriendo literalmente el terreno.

Pero era como luchar con un hormiguero voraz y gigantesco. Nuevas mujeres por docenas, por cientos, se abalanzaron sobre

ellos, cercándoles por doquier. Aplastados virtualmente por aquella avalancha, cayeron Marga y Korvin al suelo.

Aunque Alan todavía logró deshacerse de quince o veinte, sus energías llegaron al límite. Aun de sexo opuesto, su fortaleza y decisión eran terribles. Y su número, arrollador. Tuvo que ceder, sujeto por cientos de manos femeninas, rodeado por mil brazos de mujer, y unas ligaduras de extraña naturaleza, elásticas y durísimas, se ciñeron a sus miembros, oprimiéndolos brutalmente, reduciéndole a la total impotencia.

—¡No les hagáis nada! —ordenó abruptamente la Gran Directora, desde su sitial—. ¡Encerradlos!

Y cuando los soles se pongan, el terrestre será conducido al lugar de su muerte. ¡Que su final glorioso en la Llama Eterna sea por el bien de nuestro pueblo!

Arrastrado por las enemigas de cabello plateado, Alan Korvin fue arrastrado a viva fuerza a su encierro suntuoso, pero aislado por fuertes corrientes magnéticas que impedían toda fuga.

Una vez solos en su alojamiento forzoso, las ligaduras se distendieron solas, desprendiéndose como seres vivos, igual que si aquel curioso metal flexible tuviese vida propia e independiente.

Alan, irritado, se frotó los miembros doloridos. Marga, sollozaba en un rincón.

—¡Tú lo estropeaste todo! —gemía—. ¡Si hubieras accedido, me hubieran devuelto a la Tierra, hubieran perdonado mi vida y mi libertad…! ¡Me has destrozado, Alan, con tu estúpido heroísmo!

Korvin apretó las mandíbulas, mirándola con ira y desprecio.

—Mi dignidad me marcó ese camino, Marga. Además, creí favorecerte con ello. Pero veo que tu espíritu es tan pobre y oscuro que jamás me llegarás a comprender. Después de todo, ¿sabes una cosa? Me siento feliz de morir. ¡Porque ésa será la forma de liberarme de ti para siempre!

Y salió hacia la estancia inmediata, sin preocuparse de sus sollozos.

* * *

La noche de Estelaria era singularmente hermosa. De un color violeta el cielo, límpido e inmenso, manchado de grandes astros y

mostrando la enorme nebulosa de Andrómeda, como un velo de luz lechosa, flotando sobre el fantástico mundo situado a dos millones de años-luz de la Tierra.

En una colina de vegetación azul y fosforescente, se alzaba una edificación extraña, de brillante piedra blanca, en la que un fuego, singularmente azul y espectral, brotaba a grandes llamaradas añiles de un gigantesco pebetero negro.

La comitiva cuajada de luces, como antorchas de rara energía lumínica, empuñadas por manos de mujeres de pelo de plata, subía por la amplia senda hacia la colina.

En su centro, Alan Korvin, prisionero. Delante, portando una antorcha mayor, la propia Gran Directora. Parecía una cabalgata alucinante, una procesión infernal hacia los abismos de Lucifer.

Las enormes columnatas angulosas y tendidas al cielo, que sostenían el techo increíblemente alto del Templo de los Astros, permitían ver ante el fuego simbólico, perenne, la gigantesca forma de un libro dorado, en piedra o materia similar, con una inscripción expuesta en caracteres extraños, complicados como si un escritor loco hubiera mezclado trazos árabes y chinos en un mismo plano.

Todo en Estelaria era colosal, aplastante, ciclópeo. Incluso la muerte, pensó Alan. Y a su mente, cuando subió los mil escalones que llevaban al Fuego Eterno, llegó el eco remoto de una voz conocida. La del coronel Wilhem, avisándole: «¡Jamás volveréis!».

Había tenido razón. En fracaso o en triunfo… jamás volvería a su mundo. Éste era el fin definitivo. Ahora no habría indulto ni salvamento de última hora. Era imposible…

Se detuvo frente a la enorme taza negra, vomitando llamas azules. Se le forzó a subir basta una especie de trampolín o tramo final, asomado sobre el fuego. Un cántico alucinante, una liturgia extraña y cruel, hecha murmullos musicales, subió hacia las alturas, mientras él caminaba, empujado por manos de mujer, rudas y fuertes, hacia la sima espantosa.

Las mujeres del mundo increíble de la Andrómeda cantaban a la hora de la muerte, como una secta monstruosa de la Tierra. Faltaban segundos para que su cuerpo se zambullera en brinco final en las profundidades azules y llameantes.

Pensó en Marga. Ella no merecía esto. Pero por la dignidad de su matrimonio, por su deber de esposo, todo terminaba así. Era demasiado sacrificio, lo sabía. Pero no se hubiera vuelto jamás atrás. Después de todo, morir con honor era hermoso.

—¡Que se cumpla el Destino de nuestro pueblo! —profetizó la voz potente de la Gran Directora, alzando sus brazos al cielo, como si invocara a los astros que fulguraban sobre la primitiva escena—. ¡Hombre remoto, perece en la Llama Eterna!

Alan avanzó. Los últimos pasos. Uno, dos, tres… La Muerte le miró, descamada, desde el fondo de la sima llameante y azul, que generaba un raro calor, frío pero lacerante.

Luego, sus pies abandonaron el suelo firme del trampolín mortífero. Se lanzó al vacío, sobre el fuego azul…

* * *

El milagro llegó entonces. Justamente cuando Alan Korvin flotó una décima de segundo en el aire.

Porque en vez de caer… ¡Quedó suspendido en el vacío, flotando sobre la llama azul!

Un clamor de asombro subió de miles de gargantas. Alan, percibiendo en sus oídos aquel mismo raro sonido musical, como un trino brotando de la nada, que oyera a bordo del «Superlight», se sintió sujeto por una fuerza inexplicable… e incluso atraído por ésta, alejado de la taza negra y terrible, igual que si estuviese dotado de invisibles alas que le transportaran a alguna parte…

—¡Traición! —chilló, estridente, la Gran Directora, señalando al cielo—. ¡Una de nosotras ha cometido traición! ¡Están atrayendo al terrestre con una onda sonora de frecuencia magnética! ¡Sólo nuestros «platillos volantes» cuentan con ella!

Y era cierto. Del violáceo cielo salpicado de centelleantes estrellas y mundos, bajó, sibilante, una forma circular, plana, girando vertiginosamente, transparente, y mostrando en su interior la figura tendida de una mujer de pelo plateado y piel de bronce.

—¡Aura! —Alan la reconoció en el acto, sin saber por qué.

Era ella. Aura, en efecto, la que tripulaba aquel extraño vehículo de los espacios. De repente, el «platillo» perdió su transparencia y se fue tiñendo de un azul metálico y brillante. Planeó sobre los miles

de rubias cabezas femeninas y sobre el templo de la colina. Siempre atraído por aquel raro magnetismo que le permitía flotar y moverse en el espacio, Korvin se aproximó al «platillo» o vehículo circular.

Se abrió una puerta triangular en el disco, ahora completamente opaco. Penetró por ella. Se tendió en una especie de plataforma, en la que le aferraron dos brazales flexibles, sujetándole a ella. Volvió la cabeza. A su lado estaba Aura, sonriéndole con su boca roja y carnosa y sus ojos de color oro. Dentro del disco volador, una luz tenue, azulada, permitía ver sus sencillos instrumentos. El suelo, transparente desde el interior, era buena atalaya para observar el curioso espectáculo de miles de mujeres, agitando sus brazos, en furiosa acción contra su compañera.

—Me matarán, si nos capturan —dijo Aura, a flor de labios—. No se perdona la traición jamás. Pero bastará oprimir ese botón, y nos veremos lanzados a velocidades increíbles hacia la Tierra o hacia otro punto cualquiera. Los dos millones de años-luz serán cubiertos en horas, Korvin. Oprima usted ese resorte, si lo desea…

—No, gracias, Aura —denegó Alan lentamente—. No lo haré hasta no tener aquí dentro a Marga… Es mi mujer, ¿lo comprende?

—Sí —suspiró ella—. La quiere mucho, ¿verdad?

—No. No la amo en absoluto. Pero no puedo dejarla aquí. Tengo el deber de velar por ella, de impedir que…

—Comprendo. En realidad lo esperaba —sonrió, mientras volaban sobre la colina—. ¿Quiere que vayamos por ella? Cabe aquí dentro. Los tres volveremos a la Tierra…

—Aura, volver a la ciudad por ella puede comprometerla, hacerla caer prisionera tal vez.

—¿Qué importa eso? —sonrió ella—. No soy su mujer, Korvin. No tiene que velar por mí.

—Ya lo sé. Sin embargo… no sé por qué, siento deseos de hacerlo con todas mis fuerzas, Aura. Y no sólo por gratitud.

—Trataremos de recoger a Marga —prometió ella—. No ocurrirá nada. Mientras llegan a la ciudad, tendremos tiempo sobrado de huir. Hay muchos otros «platillos volantes». Pero hasta que en el palacio no tengan noticias de lo ocurrido, nadie nos atacará.

—Vamos rápidos, entonces —avisó Alan. Señaló a sus pies—.

Mire cómo corren ellas para impedirnos que paremos en la ciudad y podamos huir…

Era cierto. Parecían una bandada de fieras plateadas, lanzándose por todas las sendas hacia la capital de Estelaria.

—No importa —dijo serenamente ella—. Les ganaremos en velocidad. No hay nada en el Universo entero que supere en rapidez a este vehículo, Alan.

—¿Por qué ha hecho esto, Aura? ¿Por qué me ha salvado? —preguntó de pronto Korvin.

—No sé. Supongo que porque me he sentido culpable de su desastre, y tenía la obligación moral de salvar su vida, o jamás me hubiera sentido ya tranquila.

—De todos modos, es algo hermoso lo que ha hecho. Dios la bendiga, criatura. Un día llegué a odiarla, es cierto. Ahora, la admiro y estimo sinceramente.

—Gracias, Alan —ella lo miró, con una luz turbada en sus ojos dorados—. Sus palabras me hacen mucho bien… ¡Mire, la ciudad! Ya llegamos…

Debajo del disco volador que tripulaban tendidos sobre su suelo, vieron las cúpulas radiantes, luminosas, de la ciudad de Argenta. Plateada como los cabellos de sus hermosas moradoras, de las amazonas del Espacio. Orgullosa y poderosísima, como sus propias habitantes.

—Ellas pueden perseguimos hasta la Tierra en otros discos voladores —apuntó Alan, súbitamente preocupado—. ¿No es posible eso?

—Sí —sonrió Aura—. Es perfectamente posible. Pero he tomado mis medidas. Medidas heroicas, que lamento adoptar contra mis hermanas de raza y de mundo, Alan. Pero absolutamente necesarias para salvar su vida y la de su mujer.

—¿Qué es ello?

—Destruir los demás platillos.

—¡Cielos! ¿Ha hecho eso?

—Sí. No hay materia en Estelaria que pueda destruir nuestros vehículos. No la hubo hasta ahora, mejor dicho…

—¿Entonces?

—¿Recuerda que de su pistola nuclear faltó una cápsula desintegrante, en la Tierra? —Ella sonrió, mostrando algo que

extrajera de un compartimento de la nave circular—. Aquí la tengo…

—¡Cielos, una bala atómica de mi pistola! —jadeó Alan—. ¡Se la llevó usted!

—Tenía que completar bien la escena cuando rapté a su mujer.

—Pero la radiactividad… Se halló en la atmósfera de mi casa.

—Yo soy radiactividad, Alan —sonrió Aura—. Es mi presencia la que hace detectar al contador Geiger de ustedes. No es su mortífera radiactividad contagiosa, sino otra más sutil e inofensiva, imperante en Estelaria… No necesité tocar el proyectil. Sólo llevármelo… Y ahora nos puede servir de mucho. Mire, allí tomamos tierra, como dicen ustedes en su planeta. En aquella amplia plataforma del palacio. En un pabellón, junto a ella, aquél de cúpula blanca que ve allí, están los demás discos voladores. ¡No dejaré ni uno, y mis hermanas de raza se quedarán para siempre en su mundo, sin poder viajar a la velocidad de la luz! Así no constituirán ya peligro alguno.

—Es usted muy inteligente, Aura. —Alan tomó de su mano la cápsula nuclear—. No tenemos pistola atómica, pero la cápsula genera por sí sola una energía destructiva, desintegrante, si se la somete a determinada reacción…

El «platillo volante» planeó, hasta posarse en la amplia plataforma de aterrizaje. Salieron del vehículo del espacio.

Aura miró algo extrañada en torno.

—¡Qué extraño! —comentó la hermosa mujer de melena de plata.

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó Alan, sorprendido.

—Es raro que no venga nadie del Servicio de Discos Voladores a hacerse cargo de la nave… Esto está muy solitario.

—Sí, no se ve a nadie —rió Alan huecamente, con gesto agresivo —. Mejor, Aura. Ojalá sigamos teniendo esa suerte…

Aura, preocupada, movió la cabeza de un lado a otro, con aire de duda, y echó a andar hacia una puerta que, automáticamente, se abrió deslizándose a un lado, en el pabellón de cúpula blanca, cuando ella pisó una placa rectangular del suelo ante la puerta oculta.

No salió nadie por la puerta del hangar de vehículos superlumínicos, y Aura miró a Korvin, francamente alarmada.

—Esto es inusitado, Alan. Sigue sin aparecer nadie —musitó.

—Tal vez fueron todas a la fiesta del Templo, a verme achicharrar —bromeó Korvin.

—Aun así, estarían los servidores-robot, instalados al efecto y… ¡Mire, Alan!

Korvin, alarmado por su tono de angustia, clavó los ojos en la vasta nave iluminada, donde se alineaban los discos voladores. Siguiendo la mirada de ella, comprobó lo que ocurría. Lo mismo que había atemorizado a la joven hasta ese punto.

¡Todos los «platillos volantes» de Estelaria aparecían desgarrados, rotos y cubiertos por una rara costra azul, brillante!

—¡Dios mío!… —musitó Alan. ¿Qué ocurre aquí? Hace mucho frío. Y esa costra, si no me equivoco, no es otra cosa que…

—¡Hielo! —completó ella, demudada, con los ojos desorbitados por el horror—. ¡Hielo mortal, Alan!

—¿Hielo mortal? ¿Qué significa eso? —La miró, perplejo, sintiendo castañetear sus dientes.

—Significa algo horrible, aterrador… ¡Los habitantes de las Tinieblas Heladas, los súbditos del Príncipe Negro de Las Tundras sin Luz han llegado a Argenta! ¡Es el fin!

—El fin…, —Alan se detuvo, en medio de la helada nave, contemplando atónito los vehículos cubiertos por aquella costra helada—. Pero ¿y «ellos»? ¿Dónde están?

—No… no sé —musitó, estremecida de horror, acurrucándose intuitivamente contra el fuerte torso de Korvin, en cuyos brazos buscó refugio—. Pueden estar… en cualquier parte. No sé cómo son… nadie sabe cómo son en realidad «ellos»…

Aprensivo, con repentina tensión, Korvin miró en torno suyo. El enemigo era doblemente peligroso, al parecer. Podía ser grande, pequeño, invisible… Nadie podía decir cómo era uno de aquellos entes llegados de las zonas frías… y que al parecer estaban ya dentro de Argenta.

—Cielos, hay que correr a la cámara de Marga —masculló, nervioso—. Tal vez ella… corre peligro.

Aura asintió. Se lanzaron a todo correr fuera del pabellón de discos voladores. Ya no hacía falta destruir nada. Ellos ya lo habían hecho y muy a conciencia.

—Si nos destruyen también nuestro «platillo»…

—Aura miró con vivo horror a Korvin. —¿Se da cuenta de lo que eso significaría?

—Sí —asintió Alan—. El fin de todos. Mientras exista ese disco volador, hay una esperanza. Si no de luchar, de huir al menos. Pero no puedo dejarla sola, guardándolo. Podían llegar esos seres… o «cosas», en mi ausencia, y… Dios mío, no quiero pensarlo. Hágame caso, Aura. Usted puede aún salvarse. Váyase. Váyase lejos de este mundo condenado a morir bajo ese hielo de muerte. Déjeme a mí aquí, por favor…

—Nunca, Alan —declaró ella—. Seguiré con usted hasta el fin… sea cual sea.

Alan suspiró. Era inútil y perjudicial perder el tiempo discutiendo allí. El silencio, la oscuridad de la gran capital de Estelaria, el frío que empezaba a hacerse notar sensiblemente, acusaban la labor terrible, aniquiladora, de los seres llegados de las tinieblas. El Príncipe Negro, quienquiera que fuese, había resuelto sin duda atacar. Y había elegido aquella noche para ello. Inermes por su fanática ceremonia del Templo, las mujeres habían perdido la batalla. Decisivamente, al parecer.

Una carretera aérea les llevó a la torre central del palacio. Solamente se percibía en la ciudad el taconeo de las botas de Alan Korvin y el deslizar suave de los pies desnudos de Aura, tras él. Todo parecía muerto, petrificado. Pero ¿dónde se ocultaban «ellos», los aniquiladores del hielo terrible?

Por un amplio ventanal, que Korvin quebró de un impacto de sus poderosos hombros, penetraron en la vasta torre del palacio. Un largo corredor descendente, de alto techo, absolutamente desierto y silencioso, acogió a los dos asustados jóvenes, lanzados a la carrera. Los ecos repetían hueca, sordamente, sus veloces pasos, rebotando el sonido en paredes y bóvedas.

—Ahora el deslizador de la derecha —avisó Aura, jadeante—. Hay siempre guardianes en él, porque conduce directamente a la sala-prisión. ¡Cuidado, Alan…!

Rodearon una curva del corredor a la derecha. Alan se paró, presto al ataque. Pero no había nada que temer. Había dos guardianes, sí. Dos mujeres de pelo plateado. Ambas cubiertas por la espeluznante costra de hielo azulino.

Habían muerto heladas.

Korvin y Aura se miraron, sintiendo crecer su terror…

—Han pasado ya por aquí… —musitó ella, estremecida.

Korvin asintió, ceñudo. Entre sus dedos apretados, febriles, estrujaba la cápsula de energía atómica, ya inservible. No había nada que destruir. «Ellos» lo hacían mejor que nadie. Pensó en el disco volador dejado arriba. Si le ocurría algo y perecían allí, de la ruina de la hermosa y abnegada Aura, sólo él tendría la culpa. Pero por otro lado, nunca viviría tranquilo, pensando que había abandonado a Marga a una suerte tan horrible.

Deseaba con todas sus fuerzas salvar a ambas. A Marga, porque era su mujer. A Aura…, no sabía por qué. Ni quería pensar ahora en ello.

—¡Ya llegamos! —musitó Aura, señalándole la puerta de cortinajes—. ¡No podremos entrar, si funciona la barrera magnética…!

Alan probó fortuna. No funcionaba, y ello era más inquietante que alentador. Pasó el umbral. Aura también.

Ambos se quedaron como clavados allí, al presenciar la horrible, escalofriante escena.

Allí estaba Marga. O lo que quedaba de la desventurada Marga.

Y allí estaban «ellos»…

CAPÍTULO IV


obre el cuerpo destrozado, violáceo y repulsivo de la que en vida fuera Marga Korvin, reptaban los negros y brillantes cuerpos, como culebras cortas y planas, viscosas y deslizantes, sibilando, exhalando un aliento baboso y frío, que hacía congelar rápidamente, formando una costra azul, la extraña baba pegajosa que desprendía todo su cuerpo, dejando un rastro helado y repugnante.

Alan Korvin sintió náuseas al verles reptar a cientos por encima de Marga, de las alfombras y muebles, congelándolo todo… Y se volvieron al oírles entrar. Por tanto, eran inteligentes. Sus ojos menudos y centelleantes, extrañamente oblicuos, se fijaron en ellos. Eran rojos, malévolos, obstinados…

Aquellos cuerpos negros y repelentes se movieron, como siguiendo una orden inaudible, hacia la pareja de jóvenes. Su velocidad de deslizamiento, dejando tras de sí una costra de hielo, adherida a tierra, les llevaba rápidamente hacia ellos.

—¡Vamos! —aulló Korvin—. ¡Ya nada se puede hacer por Marga! ¡Huyamos, Aura! ¡Tiene que salvarse usted, por lo menos!

Corrieron otra vez, deslizador arriba, luchando a base de piernas con la marcha adversa de la cinta móvil, sobre la cual se lanzaban, como vertiginosos crótalos negros, el extraño pueblo negro de los glaciares de Estelaria… Aquellas criaturas babosas y repelentes, de feroz voracidad y cruel inteligencia para la destrucción.

Pero una sorpresa terrible les esperaba en el corredor.

¡Por el punto de donde ellos llegaran, avanzaban, en perfecta legión negra, brillante, nauseabunda, miles y miles de «ellos», ordenados en hileras, reptando y dejando tras de sí el rastro aniquilador del hielo solidificado rápidamente! El aire se sentía ahora gélido, estremecedor. La temperatura descendía grados y grados, vertiginosamente.

Corrieron en dirección opuesta. Korvin, llevando de la mano a Aura, ponía literalmente alas a sus pies. Otro pasadizo largo, larguísimo, les llevó adelante, hacia otras dependencias del palacio, siniestramente desierto y frío.

Sintiendo el reptar de las negras babosas sobre su cabeza, en otro piso, asomaron a una galería semicircular, y pudieron presenciar el alucinante espectáculo de una gran plaza en la que yacían cientos de mujeres de pelo argentífero, cubiertas por costras de duro hielo azul… ¡y el suelo salpicado de miles de lustrosas formas negras y deslizantes, igual que enormes alimañas surgiendo por todas partes!

—¡Dios mío, Alan, estamos perdidos! —musitó ella—. No huyamos más… Nos acorralan… ¡Nos vencen irremisiblemente!

—No, Aura. No cederé. No me dejaré comer por esas miserables babosas negras y repugnantes, ni aceptaré dócilmente su horrible sudario de hielo. ¡Lucharé!

¡Y lucharé por ti, al menos! ¡Hasta que salve tu vida, o ambos perezcamos en esta locura! ¡No debí dejarte venir conmigo… tú podías haberte salvado en tu disco volador, Aura!

—Alan, no… ¿Por qué te preocupas por mí ahora? Yo no soy tu mujer…

—¡Ciego de mí! ¡Es por ella por quien jamás debí preocuparme… sino por ti, que lo merecías todo! ¡Y lo advierto cuando es demasiado tarde, Aura!

Se había detenido en una amplia sala circular del palacio, en la que confluían varios corredores, igualmente sombríos, helados y silenciosos. Aura, sorprendida, le miró con la luz dorada de sus hermosas pupilas, y musitó:

—Alan…, Alan, para mí no es demasiado tarde ahora… sino que tus palabras me suenan a demasiado hermosas…

El deslizar susurrante, aterrador, llegaba ya por doquier, de varios corredores a la vez. Korvin oprimió contra sí a Aura, y clavó fieramente los ojos en las desembocaduras de los corredores.

De repente, por uno de ellos llegó un signo de vida humana. Un grito prolongado, de vivo terror. Y pasos precipitados…

—¡Alguien viene! —musitó Korvin—. ¡Todavía respira alguien en este cementerio!

Miraron hacia aquel corredor. Por su boca, surgió un hombre como enloquecido. Alto, enjuto, con barbita rubia puntiaguda, cojeando ligeramente, pese a su carrera desenfrenada… Alan le reconoció, con una exclamación:

—¡Sek Madyr! ¡Madyr, vives!

—¡Korvin, me persiguen… esos horribles seres, esas pestilentes babosas heladas! —aulló, desorbitados los ojos—. ¡Han devorado a Zanak… y luego le han cubierto de hielo! ¡Ahora intentan hacerlo conmigo!…

Cayó, sollozando, a los pies de Korvin, incapaz ya de seguir luchando, de huir más al peligro terrible… Del bolsillo superior de su traje de penado terrestre, escapó algo, que tintineó sobre el suelo. Algo metálico, que Alan miró con repentino estupor.

—¡Cielos, mira eso, Aura! ¡Madyr, lleva encima un explosivo…!

—Sí… —Los ojos del terrestre brillaron, mortecinos ahora—. Ya me conoces, Alan… Yo siempre busco la revolución, el desastre… Logré traerme materia explosiva de la Tierra, con la idea de destruir el Pabellón Ciento trece primero. Luego, pensé en el «Superlight»… pero ya sabes cómo fueron las cosas, y no pude emplearlo. Al pisar Estelaria, también imaginé que había un mundo nuevo que destruir… Siempre pensé sólo en la destrucción, jamás en hacer algo hermoso, Alan, algo digno… Ahora me arrepiento. ¡Oh, Dios, si pudiera destruir a esas repugnantes y cochinas babosas negras, daría gustoso la vida por ello! Así, tal vez, borrara en parte mis viejas culpas terrestres…

El rumor de aquel ejército implacable y siniestro, de las diabólicas y gélidas hordas negras llegadas de las Tinieblas, se aproximaba por todas partes. Las legiones de aquel pretendido y sin duda inexistente Príncipe Negro que imaginara la mentalidad un tanto fantástica de las mujeres de Argenta, y que no era otra cosa que la coordinación, la inteligencia y el espíritu infernal de colectividad de aquellos entes viscosos, que rezumaban hielo y ferocidad por todos los poros de sus lustrosos cuerpos negros, se iban acercando. Crueles, inexorables, seguros de su aplastante victoria final, sobre aquel trío de rebeldes humanos…

Alan Korvin contempló el cuerpo ovalado, metálico, del explosivo que cayera del bolsillo de Sek Madyr, el eterno descontento social, y que había visto ya en otras ocasiones en la Tierra. Cargas condensadas, de alto poder destructivo, dotadas de una diminuta espoleta de seguridad en su extremo. Bastaba girar ese extremo… y todo saltaría hecho añicos por los aires.

—Creo, mi querido compañero de expedición más allá de las estrellas y de la luz, que ha llegado tu momento de reivindicación heroica —dijo, con la vista fija en las entradas de los corredores, por donde ya empezaban a verse el deslizamiento viscoso de los cuerpos negros, formando legiones nauseabundas.

—¿Eh? —masculló Madyr sin comprender—. ¿Qué quieres decir, Korvin?

Aura sollozaba roncamente, acurrucada contra Alan, su único protector contra lo que nada ni nadie podía ya impedir.

—Vamos a morir igual, Madyr. Ese explosivo tuyo, puede hacer la muerte más agradable…

—Cierto. Pero nada de heroicidades. Solamente significará morir más dulcemente. Y apenas destrozar a siete u ocho de esos asquerosos entes a nuestro lado…

—Con tu explosivo solo, es posible que alcanzáramos únicamente eso… —Alan sonrió, abriendo su mano. Mostró lo que había en ella—. Pero mira esto, Madyr. ¿Lo reconoces?

—¡Una cápsula atómica! —aulló el terrestre.

—Eso es.

—Diablo, empiezo a entender… Con mi explosivo y…

—No hables más. No digas nada —miró con recelo a la masa negra, asomando ya por varios corredores, mientras en los demás se

sentía el deslizamiento tenue, chirriante, ominoso y terrible—. Si «ellos» tienen inteligencia, pueden tener también oídos. Y comprender… Vale más que no sepan nada.

—Sí, sí… —Madyr tendió la mano—. Venga esa carga nuclear, Korvin.

—¡Espera aún! —Alan miró hacia un corredor, del que no llegaba sonido alguno—. Aura, ¿por ese pasadizo puede llegarse a la plataforma de despegue?

—Sí…, pero no llegaremos. «Ellos» corren mucho… y antes de poner en marcha el disco volador… caerían sobre nosotros —jadeó Aura.

—A pesar de todo, hay que intentarlo —miró a Madyr. Y éste asintió, comprendiendo. Sabía lo que tenía que hacer. Alan tendió la mano y recogió de la de Sek Madyr su explosivo en forma de huevo metálico—. ¿De acuerdo, Sek?

—De acuerdo —asintió. Y añadió en voz baja—: Cuando pongas en contacto ambas cargas, yo subo al disco volador con la chica. Quieres salvarla, ¿no es eso?

—Sí…

—¿La quieres?

—Creo que sí… Marga murió, al fin y al cabo.

—Sabía que estaba viva aquí. ¿La aniquilaron los… los bichos esos, como quiera que se llamen?

—Sí…

—Entendido.

Aura, con la vista fija, en los negros y repugnantes seres, no había escuchado el rápido y susurrado diálogo entre ambos hombres. Ahora, Madyr la tomó consigo, lanzándose juntamente con Alan Korvin, camino del único corredor desierto, por el que no llegaban los asesinos negros de la tundra helada.

Aura y los dos hombres corrieron vertiginosamente hacia la plataforma de despegue, siempre siguiendo las instrucciones de Aura, perfecta conocedora del interior del palacio.

A cada momento, esperaban la llegada de las huestes de la Gran Directora, procedentes del Templo. Pero sin duda todas habrían sido sorprendidas por la plaga helada al llegar a la capital, y ahora yacerían bajo la horrible costra de hielo. Ya no había esperanza. Los invasores de la zona glacial habían caído oportunamente sobre el

terreno enemigo. Con disciplina y estrategia de soldados perfectos.

Como soldados perfectos marchaban ahora tras de Alan Korvin y sus amigos. Sabían que no tenían escapatoria posible, y su rápido deslizamiento era un sistema implacable para rodearles y destruirles después.

Por último, una escalera mecánica, detenida e inmóvil ya para siempre, les condujo hasta una galería semicircular. Alan asomó un momento. Las calles hormigueaban, negras y frías. Había millones de millones de «ellos» por doquier. En la entrada a la ciudad, montones de cuerpos femeninos, frígidos e inertes, destrozados por la voracidad de los crueles monstruos, marcaban el trágico final de la Gran Directora y todos sus leales ciudadanos, sus vasallos poco antes llenos de vida.

Allí, frente a ellos, separada apenas por una carretera aérea que circundaba un torreón blanco del palacio, para ir a detenerse en el ascensor de acceso, estaba la plataforma de despegue.

Y en ella el disco volador, la última esperanza… ¡pero rodeado de hormigueante legión negra, cubriéndose ya con la fatídica costra de hielo!

Aura sollozó, quebrada la voz.

—¡Dios mío…! ¡Todo perdido!

—¡Aún no! —aulló Korvin. Enarboló las dos cargas: la explosiva y la desintegrante atómica—. ¡Estas dos cosas, en fricción mutua, provocarán la hecatombe!

—… Y antes de iniciar la desintegración nuclear en cadena, a altísima temperatura, provocarán un calor insufrible —completó con voz ronca Sek Madyr—. En marcha, Korvin, a esa plataforma… ¡a morir matando!

Alan destrozó la vidriera de la galería, lanzándose a través de ella en terrible e impresionante zambullida. Era evidente que órdenes inaudibles, viajando por el éter de alguna forma, se transmitían de uno a otro de los disciplinados e inteligentes monstruos, porque todos, en hileras interminables, formando legiones aplastantes, abandonaban calles, plazas y edificios, para dirigirse a un mismo lugar: aquél al que ahora se dirigían a todo correr los tres héroes, lanzados por la carretera aérea, después de haber salvado la grieta abierta por Korvin en el vidrio.

Sin temor alguno, se encararon los tres con la masa negra y

reluciente que reptaba por tierra y empezaba a subirse encima del cuerpo inmóvil del disco volador. La repugnante costra de hielo sobre éste aumentaba por momentos.

Entonces, Alan Korvin hizo algo, con dos gestos decisivos: giró el pivote del seguro del explosivo ovoide. Muy pálido, Madyr declaró:

—Son treinta segundos… hasta que todo vuele por los aires.

Korvin asintió, tirando del resorte de la carga atómica, y le arrancó la caperuza posterior. La carga quedó al descubierto. En menos de un par de segundos, penetró por el orificio lateral del huevo explosivo, su polvo radiactivo, uniéndose a la carga a punto de estallar.

Los cuerpos negros, como sospechando que algo anómalo ocurría, se dirigieron raudos hacia ellos, abandonando por completo el «platillo volante». Fue igual que una urgente maniobra de contraataque, que reveló lo agudo de su mentalidad.

Los segundos volaban. Se apreciaba un aumento formidable en la temperatura, con un sibilante rumor candente brotando del orificio de respiración del huevo explosivo.

—¡Al «platillo», Madyr! —gritó Korvin de repente—. ¡Ya hay vía libre, vienen por mí! ¡Coge a Aura!

Madyr asintió. Aura, con un grito, demostró su ira ante la conjura de ambos hombres. Comprendió que por salvar su vida, Alan iba a quedarse allí a destruir a los infernales monstruos, que ahora se encogían, como golpeados por la ola de calor radiactivo que se desparramaba sobre ellos.

Madyr pareció que iba a coger a Aura. El hielo, sobre el disco volador, se derretía ya… y unos extraños gemidos brotaban de los cuerpos nauseabundos, glaciales.

Pero, de repente, Sek Madyr hizo algo muy distinto. Lanzó un directo formidable a Alan Korvin y le derrumbó completamente inconsciente.

Alan no tuvo tiempo de reaccionar. Rodó por tierra y de sus manos escapó el ovoide mortal. Rápido, Madyr actuó contra reloj. Hizo correr a Aura hacia el disco, con un gesto vivísimo. Ella entendió, y alcanzó el artefacto volador, cruzando junto a varias babosas repulsivas, que se estremecían, lanzando gemidos similares a los de las criaturas. El calor era insufrible y la costra de hielo se había licuado por completo.

Dos babosas negras cayeron, contraídas e inertes, del techo del plato volador. Aura oprimió el resorte que ella conocía. Se abrió el plato. Madyr, llegando junto a ella, arrojó dentro el cuerpo inerte de Alan Korvin. Luego, se volvió a ella, con gesto brusco:

—¡Pronto, entre y escape! —aulló—. ¡Tiene sólo siete segundos… y esos apestosos van a apoderarse de la bomba para que no estalle, si yo no me quedo aquí para impedirlo! ¡Buen viaje… y dígale a Korvin que hice lo posible por redimirme!

Aura no tenía tiempo de agradecer a aquel hombre su heroicidad portentosa, su sacrificio sublime en favor de ellos dos, rebelándose al deseo de Alan y ocupando él su puesto.

Sólo atinó a obedecer, como fascinada, entrando en el platillo «volante».

Y susurró, mientras lo hacía:

—Dios te premie esto de ahora, Sek Madyr… Hayas sido bueno o malo, bien purgas ahora tus culpas…

Estaba dentro del plato. Cerróse automáticamente la puerta cuando ella, sin perder uno solo de los escasos, preciosísimos segundos, apretó el botón de marcha, en su máxima velocidad de arranque.

El platillo salió disparado hacia las alturas, proyectado de un violento salto al vacío, cuando ya Sek Madyr, sobre la superficie del planeta Estelaria, en la remota Andrómeda, lograba caer con todo el peso de su cuerpo sobre el ovoide metálico que contenía las cargas térmicas, explosivas y nuclear unidas.

Con ello impidió que la costra de hielo que empezaban a formar varias babosas, sobre sus compañeras muertas por el calor tremendo que irradiaba el envase sibilante de forma oval, pudiera tener eficacia y cerrar el paso a la explosión, enfriando su sistema de percusión.

Sonrió, triunfal, al percibir el silbido chirriante que marcaba el último segundo. Conocía bien los explosivos. Aquél era el momento cumbre, la Hora Cero del gran cataclismo…

Alzó los ojos al cielo. Vio, lejísimo, apenas un punto de luz en la distancia, el «platillo volante» tripulado por Aura, la hermosa criatura de Estelaria… con Alan Korvin a bordo.

¡Ellos dos se habían salvado!

—Adiós, amigos —dijo su mente a los que ya no podían oírle—.

Es hermoso morir por algo… tal vez por un mundo mejor…

Luego, dejó de pensar, de sentir, de todo en absoluto.

Su muerte fue instantánea, sin dolor.

La flamígera erupción de mil volcanes a la vez no hubiera superado el cataclismo que abrió los edificios, socavó las entrañas del planeta, y levantó a los cielos miles de cuerpos negros, en pavorosa masa destrozada y desintegrada.

Luego se propagó rápidamente la reacción en cadena, convirtiéndose todo el aire en materia radiactiva.

Sek Madyr no sufrió. Tener bajo el cuerpo la carga termonuclear que había resquebrajado una ciudad entera y sembrado de calor ardiente, de radiactividad y de gases letales la que antes fuera orgullosa capital de Estelaria, y después campo de muerte de los seres negros del hielo, impedía todo sufrimiento. Era un tránsito brevísimo inmediato y dulce, entre el ser y el no ser…

Millones de cuerpos negros se disolvieron o destrozaron, mientras los edificios se derrumbaban, enterrando una civilización de miles de años, que ya antes había aniquilado el ejército negro y viscoso. Ahora, a su vez, los tenebrosos triunfadores eran desintegrados, aplastados por la energía atómica unida al calor, el enemigo máximo de los seres glaciales.

Y mientras tanto, allá arriba, ya a miles de kilómetros de distancia del pavoroso caos provocado por el hombre que en la Tierra había sido un destructor cruel y en Estelaria un héroe sencillo y valeroso, un disco volador hendía los cielos, alejándose para siempre de su punto de origen… aproximándose más y más al límite de la velocidad de la luz, para luego, saltando todas las fronteras de espacio y tiempo, regresar a la Tierra…

CONCLUSIÓN

—Cielos… ¿Pero qué ha sucedido?

Alan Korvin se incorporó a medias, dentro del plato de azulada luminescencia. Se tocó la mandíbula, aún dolorida por el duro e imprevisto mazazo de Madyr.

Luego, miró hacia un lado. Vio a Aura, inclinada sobre los mandos, en el tablero donde se hallaba tendida horizontalmente lo mismo que él.

—¡Aura! —musitó, con voz rota—. ¡No es posible!

—Lo es, Alan —sonrió ella, mirándolo dulcemente—. Volvemos a la Tierra, a tu mundo… de donde nunca debí sacarte.

—Aura, tú… y yo —atónito, se frotó los ojos—. Entonces, Madyr…

—Sí, supo encontrar un final digno. Allá abajo, Estelaria ha quedado convertida en un infierno llameante y lleno de humo, en una tumba terrible para todos… Y Madyr, deseándonos buen viaje, se eligió a sí mismo para lograr esa victoria sublime.

—Pobre Madyr. Era un equivocado que supo rematar dignamente su vida… Y no lo digo por mí, Aura, sino porque hizo todo lo posible por sacarte de aquel horror, por salvar tu vida…

—Alan, ¿tan poco te importa tu propia vida, que sólo agradeces lo que a mí respecta?

—Sí, Aura. Para el hombre que se ha visto abocado una vez tras otra a la muerte, no tiene ya demasiada importancia vivir. En cambio, da gracias a Dios porque la mujer… la mujer amada… siga viviendo.

—¡Alan! ¿Has dicho… mujer amada? —susurró ella.

—Eso he dicho, Aura…

—¿Entonces… tu mujer, Marga?

—Ya no sentía por ella nada. Solamente la compadecía por su egoísmo. Pero todo se lo he perdonado ya. Fue una desdichada, a fin de cuentas. Sin embargo, no podría recordarla con cariño, a pesar de todo. Tú… tú eres diferente. Empecé odiándote… y he descubierto pronto que temía tu proximidad, tu mirada, tu presencia misma… porque te amaba. Con toda la fuerza de mi ser, Aura…

—¡Alan! Es maravilloso… Dos seres separados por dos millones de años-luz de distancia, enamorándose mutuamente… porque yo también te quiero, ¿sabes?

—Aura, ¿eso es verdad?

—Si Madyr no hubiera hecho el sacrificio final, hubiéramos muerto juntos, Alan. No te hubiera dejado solo allí, por nada del mundo…

—Bendita seas, Aura… ¿Crees que te adaptarás a vivir en la Tierra?

—Claro, amor mío. Donde tú vivas, seré feliz… Y si temes por el color de mis ojos, ya sabes nuestra rara cualidad. ¡Mira! ¿Qué te parecen unas pupilas verdes?

—Que te sientan maravillosamente —sonrió Alan, observando la mutación de color en sus ojos—. Pero te ruego que nunca más los cambies de tono. No me gustaría ver a mi mujer cada día al despertar con unos ojos de color diferente.

—Descuida —rió ella—. Siempre quedarán como ahora… a gusto de mi marido.

—Tu marido… —suspiró Alan—. Eso suena muy bien…

—¿Por qué ríes, Alan?

—Pienso en el coronel Wilhem. Y en la cara que pondrá cuando le cuente la historia. Estuvo a punto de tener razón. Pero no conmigo. Yo vuelvo. Vuelvo a la Tierra, aunque jamás volveré a ser el de antes. Ahora soy… un hombre feliz…, Aura…, un hombre realmente enamorado… y con ilusiones de vivir…

Y se inclinó hacia ella. Sus labios se unieron en un beso largo y apasionado, en tanto el «platillo volante» alcanzaba la velocidad lumínica y comenzaba a rebasarla, en el gran salto decisivo de los espacios.

Era como una prueba de que, incluso por encima de dos millones de años-luz de distancia, era posible el amor entre dos seres de mundos tan remotos…

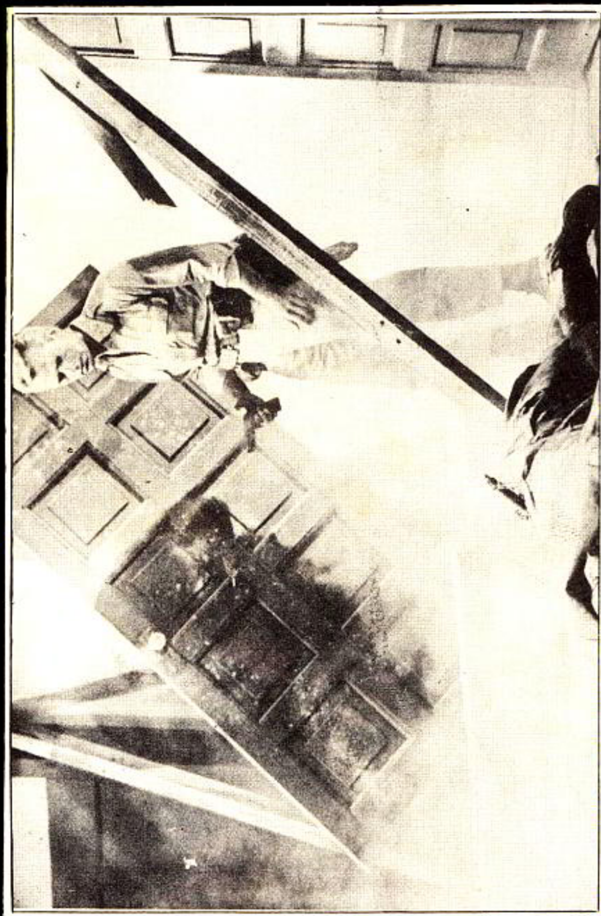
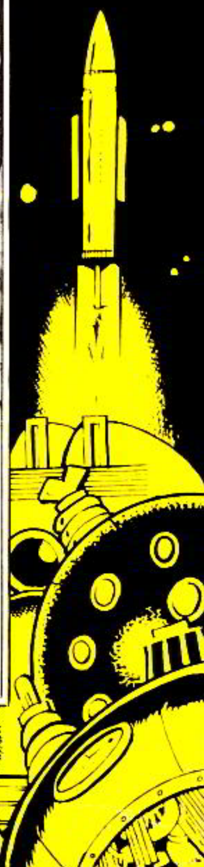




ENRIQUE
SÁNCHEZ
PASCUAL
. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo

de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.

Escena de «RENDICION...!JAMAS¡
Distribuida por RADIO FILMS

Precio en España: 6.-ptas. En Argentina: 8 pesos